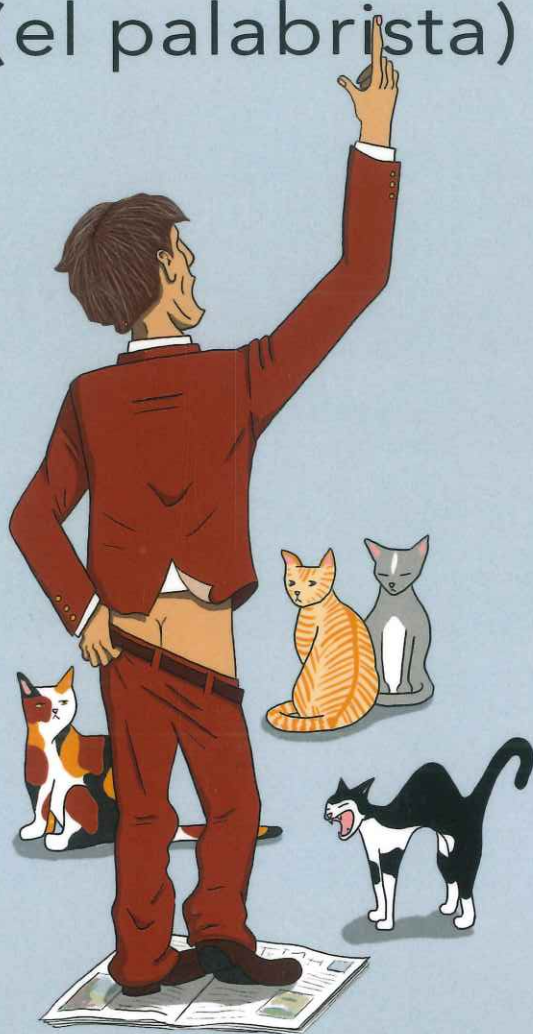


EL ORADOR

(el palabrista)



Antonio Rivera Mendoza

EL ORADOR

EL ORADOR (el palabrista)

Antonio Rivera Mendoza

Copyright © 2020 ANTONIO RIVERA MENDOZA

arivera133@gmail.com

TAPA: DANIELA RIVERA

Corrección: Sol Rivera

Apoyo logístico: Neo

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798654141613

Traten otros del gobierno
del poder y sus arpías,
mientras gobiernan mis días
las palabras y el pan tierno,
Góngora engordado

Para Alicia, Rosita y Jessi

CONTENIDO

Noticia	pag. 1
Capítulos 1 – 46	pag. 3
Transcripción en el Aula Magna	pag. 139
Capítulos 48 – 49	pag. 149
Anexo	pag. 155

Noticia

Para recorrer estas páginas hace falta tener tiempo para perderlo, un espíritu ocioso y curioso, monedas que no hagan falta para sobrevivir, buenas reservas de dos sentidos: el del humor y de la impertinencia, y saber leer. Al cabo, el lector habrá transitado estas líneas a su propio riesgo y decidirá en qué ha consistido tal paseo. Quizás cerrará el libro con la sensación de que se puede ser mejor ser humano y emerger ensopado de esta zambullida en el río del palabrista, que es su intención declarada, o puede irse de sus páginas con el fervoroso deseo de que el retratado en esos capítulos desaparezca para que la humanidad no salga perjudicada, en fin, elegirá los matices entre arrullar el librito en su seno, tirarlo al basurero del olvido, y denunciarlo ante el ministro de Gobierno.

Debo anotar que en cada evento al que acompañé al orador o me lo relataba, creía reconocer, a la vez, un destinatario y un aludido reales, lo cual me hizo respetar sus convicciones y su puntería.

Si hablo de él como si fuera real, es porque es real. Pero, ya estoy hasta la coronilla de él.

Cuando se enteró de que estaba escribiendo, antes y durante la cuarentena, las crónicas de sus

andanzas, se mostró sucesivamente sorprendido, agradecido, curioso, solícito, intruso, exigente, fastidioso hasta convertirse en una pulga en mi oreja. Para evitar enloquecer no me quedaba más que terminar el trabajo, si trabajo puede llamarse a esta peripecia.

ARM

La Chinchí es su amiga. Es ya vieja, pero llegó a la casa recién hace algunos meses, el orador no sabe de dónde. No han aclarado hasta ahora quién adoptó a quién. Él le da el alimento que ella agradece con sinceridad, la Chinchí lo cuida y quiere, y le transmite inocencia. Cuando él parte al trabajo, cumple con ladrarle sus últimas recomendaciones (como su madre lo hacía inútilmente, desde esa misma puerta, para que se abrigara). Él las oye como se oye llover, pero muy en el fondo siente que le regalan una forma misteriosa de seguridad ante lo que le espera allá abajo, en las calles más concurridas, donde instala su estrado.

El orador disertaba sobre “El pato y su nado”, cuando dos motoqueros estacionaron sus vehículos enfrente de su tribuna, en una calle céntrica. Los vio, se alegró de que aumentara su público y se esmeró buscando sus mejores palabras, engoló la voz y comenzó a describir la anatomía de los patos. Los motoqueros (parecían dos parejas, pero era solo una impresión porque no se quitaron los cascos, uno caminaba como dentista) se acercaron exhibiendo sus lustrosos toletes negros, paramilitares. Los borbotones de sangre que le salían por la boca y la nariz no permitieron entender su explicación en torno a la levedad de plumaje y las características oleosas que impedían que el animal se mojara.

¡Dios mío! se alarmó el orador cuando su cafetera Bialetti rebalsaba. Apagó la llama, se sirvió un espresso y armó su disertación de ese día. El título no le convencía, era demasiado largo, sabía que debía hacerlo corto porque entre la instalación de su tribuna mientras lo anunciaba y el desarrollo de la conferencia, podían mediar sólo algunos minutos debido a los riesgos de ser derribados - tribuna y disertante-, pateados y echados por un público alertado por sus instintos de conservación. Revolvía la stevia y revolvía la frase, pero no resolvía el asunto de la extensión del título. Se bebió el café y salió. Anduvo meditabundo por las calles que lo llevaban al centro y se encontró con que estaba ante un descubrimiento: el título era un título, pero también la disertación, una conferencia entera contenida en esa frase, podría por fin dar

una completa y, encima, enunciarla en varias tribunas, antes de que llegara la hora del almuerzo. El triste que salió de casa era ahora un orador exultado. Dispuso su primer estrado -una hoja de periódico tamaño standard, doblada en cuatro-, trepólo de un salto y dijo el título-conferencia: "El 'Dios mío!' que exclama a cada rato el ser humano, es la afirmación de propiedad de su criatura". Desmontó su teatro ambulante y se dirigió al segundo sitio señalado. Pero, como ocurría a menudo, temía que tampoco hoy el mundo se diera cuenta de que él lo había hecho un poco más feliz y sabio.

A veces se creaba su público. Hábil artesano, el orador colectaba tallos, tronquitos, paja en las cuadrículas de tierra de las aceras, de donde una vez, él y un amigo cosecharan verdolagas para la ensalada de un almuerzo entrañable, en el Sur; con esos materiales formaba figuras que iba colocando en el piso, al pie del banco que le servía de tribuna. Estos muñecos atraían algunos niños de generación espontánea que creían no escuchar sus desvaríos, y observaban las primorosas figuritas con la oculta esperanza de llevarse unas cuando terminara de hablar el loquito. Su tema, "Las benéficos efectos de los dibujos animados de Piolín y Silvestre para los pacientes de demencia", discurría sin interrupciones, incluso su voz se alzaba por sobre el ruido de los motores. Terminada su disertación, bajó de un ágil salto de

su tarima convertida nuevamente en un banco, y se fue silbando una melodía inidentificable. Los niños tardaron unos segundos todavía antes de saquear el público.

Caminaba simplemente el orador, por la acera de enfrente otro caminaba intelectualmente. Vio a una niña junto a una liga larga que cruzaba la calzada y le pareció que ella extrañaba la segunda y paralela liga para jugar liga-liga. El del paseo intelectual, afrancesado y airado, les propinó su discurso sobre la lucha de la niña por la reconquista de la democracia. El orador, abrumado, volvió a casa con el suyo entre las piernas. A la niña se le fueron las ganas de jugar.

Finalmente lo tituló "Un perro sin tiempo no es lo mismo que un perro apurado" y bajó de prisa a la ciudad luego de despedirse de la Chinchí, que lo vio partir y apenas remedió un ladrido y volvió a su sueño de tibios cartílagos.

Caminaba el orador con su mente frenética deshaciendo los grumos de tiempo formados en su vida. Pasó un canillita en bicicleta voceando el diario "Los Tiempos", coincidencia que no dejó indiferente la tesis que propondría allá abajo: le respondió "sí". En sus largas cavilaciones sobre el tema había "descubierto que el tiempo es un concepto más que una realidad". Lo había hecho, en primer lugar, observando atentamente a los bebés y a los animales. Los primeros, hasta entrada la infancia, "no por inconscientes, sino por ser todavía libres" vivían "presentes continuos o

continuados". Pero, no sólo los niños, sino también muchos adultos: "cuanto menos gobernados por el tiempo, esa idea nefasta, más libres".

Personaje "llamativo" (quería "curioso" con la acepción que le gusta y que se usa en estos barrios, pero, optó por "la más universal"), luego tolerado, más tarde querido y ahora padecido e insoportado, y hasta vilipendiado por algunos, en las calles de mercado callejero de la ciudad, el palabrista comenzó con aquella idea. Las mujeres que cargan su negocio, lo instalan y atienden durante horas, llevan hasta allá "prácticamente su casa entera", sus hijos pequeños, bártulos, perro, "muchas veces como efecto del machismo". Ahora especula, en silencio, "el machismo las convierte en caracolas".

Alguna que cazó el concepto que gritaba este extraño ser, se volvió a observar a su hermosa wawita y vio que, en efecto, su comportamiento no correspondía a una que se preocupara de lo que sucedería un minuto después, ni a la del llanto que la arrasaba un minuto antes, es decir, quería ser limpiada, amamantada y dormida y se acabó; también se fijó en su perro que le devolvió una mirada tan inocente como la wawa; entonces esa madre se animó a escuchar con más atención al orador, cuidándose de no parecer demasiado interesada por aquello de la corrección política en el mercado respecto a los phajp'akus, "pero",

reflexiona, “es que son wawas y animalitos, pues”. El palabrista percibe el argumento y responde con seguridad, “precisamente, señora, a la inocencia no alcanza la maldición del tiempo, usted me da la razón”. Turbada, la mujer se retira mientras él arrecia sus diatribas a los “inventores del tiempo”. Termina repitiendo, vehemente, lo que dijo ya en otra actuación, “¡curas y negociantes lo inventaron, y ahora lo venden!”. Se va para llegar a tiempo a almorzar en su pensión en el Temporal, su barrio.

Sentado ante una sopa de fideo, lamenta que la “vorágine de los acontecimientos” a veces le impida declamar algún concepto bien meditado que, recién cuando está de regreso, lo recuerda, el de hoy se refiere a la negación del tiempo con su frase ahora dirigida a la Chinchí en voz demasiado alta en relación a su distancia (está a sus pies): “¡la existencia es una sucesión de pequeñas eternidades!”, la perra asiente, para ella es una verdad de pe(r)rogrullo.

El orador (autonombrado también “palabrista”) buscaba rivalas del mismo peso, de la misma categoría, amateur, para sus juegos de palabras. Muy de tarde en tarde encontraba una que aceptaba el reto. Su juguete preferido era el de partir de una frase cualquiera, de una simple, opaca relación de palabras dichas sin casi pensar, por ejemplo, esta calle oscura y desolada, como hicieron esa vez que jugaron caminando por una calle oscura y desolada. “Una calle oscura y desolada” dijo. Ya jugaban. Dijo “una silla oscura y descolada”, la respuesta, “una peca obtusa y silenciada”, la respuesta a la respuesta a la respuesta, “usa un cura rusa despeinada” (había momentos como el de la rusa en los que se reían y uno o una tenía que abrazar a la otra o al otro) y así sucesivamente, siempre cuidando la métrica y la

sorpresas: “uno pilla fusa sincopada”. Sin rivala se resignaba a algún amigo y hasta solo, y reía y se abrazaba.

“Mozart puede acompañar la Diablada Ferroviaria de Oruro” no se le ocurrió, le ocurrió. Es una disertación que sólo en ocasiones festivas interpreta. Cocinaba una mañana su frugal alimento mientras del viejo phillips 3 en 1 salían las notas de Eine kleine Nachtmusik “del genio de Salzburgo, ejecutada bajo la batuta de Sir Neville Marriner”, presume el orador. En sus traslados de la cocina al patio, por la música empujados torso, piernas y brazos, y hasta cabeza, se pusieron a mover en algo parecido a la danza minera, ante los ladridos preocupados de la Chinchi. El orador paró en seco, armonió esos pasos y los fue adaptando al baile que le habían sugerido vagamente cuando llevaba la cebolla a lavar a la lavandería (pese a la recurrente recomendación, casi un ruego, de doña Nelly). Luego de un rewind

del cassette y de algunas pruebas, resolvió que sí, que "era viable". Finalmente, se ató dos trapitos, uno en cada dedo anular y bailó en serio una diablada. Esa fue la génesis de su conferencia "multimedia": el orador intercala discurso y danza, y recomienda muy encarecidamente a sus oyentes a probarlo con la esperanza de ver en un futuro no lejano a una fraternidad introduciendo esta "magna invención bigenérica" en una Entrada de Oruro, Urkupiña, Corso de Corsos o alguna más modesta "desde donde se irradiará irremediablemente".

“La alegría está lejos de Cochabamba” comienza el orador su descripción de “la pesadumbre con que vive el habitante de esta ciudad”, devenida en “los peores sentimientos desparramados por sus calles”, el principal “la hipocresía seguida del racismo, el egoísmo y la envidia”. Con tan temeraria sentencia no es difícil imaginar el recibimiento que tiene cuando se arriesga a poner su disertación “a consideración del público”. Las primeras reacciones orales - “callate cabrón, te rompo, hijo de puta qué te crees, andate a Cuba...”- ya son evidentes mientras continúa entusiasmado por la participación, y sigue, “esas palabras no hacen sino confirmar mi tesis, y eso que omití en la introducción lo de intolerantes y violentos”, logra paralizar por unos momentos la decisión de

molerlo a golpes que crecía en los corazones de dos macizos desocupados que se habían parado a escuchar. Cercana ya la paliza (que para él significaría un curioso premio), aclara que “esas taras locales se deben a una mezcla extraña”, a ver qué explica este cabroncito, debieron pensar los forzudos conteniendo a sus otros yoes que ya saltaban sobre ese sujeto, que informaba de “ciertas investigaciones históricas muy esclarecedoras”. Pero no soltaba todavía las explicaciones, lo que mantenía el estado de apronte de sus decididos verdugos. “Antes quiero hacer pública una parte de mis observaciones que contrastan con lo afirmado...: la alegría, la risa, la hospitalidad sincera, ausentes aquí, se regalan en abundancia desde los diez kilómetros a la redonda de esta ciudad, sus provincias Quillacollo, Sacaba, Punata, Tarata, Cliza, todas son hervideros de la alegría y el buen recibir a forasteros”. Los potenciales asesinos se derriten: son originarios de la Perla del Valle, reflexionan, sonríen y dan la razón a este loco de mierda que casi hace que lo matemos, sonríen. Pero, el orador no ha terminado, aún resta su argumentación final escuchada por los dos ahora aplaudidores. Se refiere sin mucha claridad a una “mezcolanza de latifundistas rencorosos y capas de descendencia de sus esclavos o pongos que hasta hoy no se han liberado de sus cadenas mentales”.

Hay cerca del mercado de La Cancha, una modesta chichería. Adentro rodean una mesa de madera pelada, tres hombres, uno frágil, los otros, robustos, son los tres protagonistas del acto callejero apenas terminado, piden un balde. Primero, aun antes del brindis con ofrenda a la Pachamama, el palabrista les agradece haberlo traído a este “refugio provincial y cultural” sobreviviente “de la masacre -chichicidio y chichericidio- cometida por la transnacional cervecera con sede en Bruselas, Bélgica; ahora sí ¡salud!” y el líquido dorado riega su ardor en tierra y gargantas.

Con “El alzheimer, una pérdida de tiempo” se acercó valientemente al enorme edificio convertido en una colmena de consultorios médicos, a cuál más bonito. Cada celdilla estaba adornada de diplomas de universidades nacionales y extranjeras que certificaban especialidades en órganos que ni siquiera sabía el orador que tuviera y que con ese conocimiento empiezan a doler. Llevó hasta allá su disertación con una cartulina en la que había copiado, muy deficientemente, una ilustración encontrada en internet, hojitas cayendo de una absurda cabeza de árbol. Dispuso sus materiales en la acera bajo la mirada del caporal de seguridad, del vestíbulo. En la calzada estacionaban y partían diversos 4x4 llevando y trayendo especialistas. Un dentista lo reconoció de algún acto del que había sido participante

entusiasta y optó por hacerse el del otro viernes, con aprensión y algo de temor, se metió en el ascensor. El caporal hizo unas llamadas sin quitar la vista a ese sujeto que se disponía a hacer alguna actividad ilegal, subversiva, según su olfato. Lo habían amaestrado bien y con respaldo de las pititas sentía que su autoridad había aumentado en algunas patadas para repartirlas a sola iniciativa. El palabrista había comenzado: "Al niño se le arrebató la inocencia y la grandeza y felicidad de la vida, en el momento que le imponen la idea de tiempo", dijo de un envión. El uniformado se alarmó todavía más porque no entendió un pito de aquella parrafada recitada sin respirar. El dentista miraba desde su ventanal abandonando por unos segundos la boca abierta, enferma. Los dos temían no sabían a qué, pero era a algo como en los sueños que no se deciden a ser pesadillas. También en otros ventanales se adivinaban cabecitas preocupadas. El orador había desarrollado un quinto o sexto sentido personal que ponía el tempo a sus intervenciones, por esto se apresuró a redondear su tesis, "el tiempo es un veneno inoculado por las grandes corporaciones y las grandes religiones, para vendernos inútiles artículos de consumo arruinando el planeta, los unos, y vendernos una absurda eternidad después de la muerte, los otros", exclamó triunfante, y entre otras frases rotundas que le parecieron regaladas por ciertos ángeles, terminó diciendo que

la pérdida de la memoria, no era sino la forma que la naturaleza humana se defiende de "esa férula que es el tiempo". El del tolete no perdió más tiempo: se acercó con su herramienta y su resentimiento y los descargó contra el disertante, en sitios especialmente sensibles de su cuerpo. Minutos más tarde el palabrista se lamía las heridas en la placita de la avenida Ayacucho, sonriendo y muy satisfecho. Los otros, el cancerbero y el doctor, recordaron -cada uno por su lado y altura- esos excelsos momentos que montaban una misma moto, igualados por cascos, toletes y rabia contra la igualdad y el pensamiento.

(Como no podían golpear a la igualdad, aporreaban a quienes la pedían, e incluso a los que tan sólo la pensaban).

Es muy raro que hable de su familia, a la que nadie conoce. Por eso la señora de la pensión y los pocos amigos que tiene el orador se sorprenderían si se enteraran que ha elaborado "La electrónica salva a la familia de que se despedace en tiempos de cuarentena y en todo tiempo" lista para su estreno, hoy. Se sabe que vivió en esta casita de medias aguas toda su vida y que enterró muy joven a su madre (muy joven su madre) de la que heredó también el dinerito que estira desde entonces. Los demás miembros son sólo conjeturas orales, conjeturales. Unos dicen, tal como debe ser un buen chisme sobre el origen de un tipo raro, que su padre era un gringo que se hizo rico en las minas o el caucho o la coca, que la bebida secó su fortuna y segó su vida cuando el hijo era chiquitito, "por eso era rubiecito". Los personajes

prominentes (valga la ...) tienen la grosería de hacer olvidar su genealogía y caminan por el mundo como si hubieran nacido adultos. El palabrista había construido sin querer esta condición y ya nadie le preguntaba por padres, abuelas, hermanas, tíos, tías como las que poblaban las mesas de cumpleaños de sus vecinos.

En su disertación sostiene que la promiscuidad familiar derivada de la cuarentena del terror por el coronavirus, le indujo a asegurar que “derivaría en un revoltijo de toda índole”, pero “más verificable” respecto a la “lucha encarnizada por el territorio: sala, dormitorios, escritorio, cocina, baños y demás dependencias, en el caso de familias pudientes”, y “figúrense en las de las pobres”, se imaginaba, “en las que una discusión tardaría sustancialmente menos en convertirse en una carnicería”. Pero este virulento microbio “que no tiene nada de lento”, lo ha pensado bien y se ensaña con una humanidad “a las puertas, o ya en la entrada, del 5G”. Así comienza esta conferencia que debe decirla desde la puerta de su casa con los entusiastas ladridos de la Chinchí, contenta de al fin conocer de cerca el trabajo de su amigo. Lo que vocifera el orador es esencialmente que de no existir “dispositivos” electrónicos, “en mano y/o cabeza de cada uno de los miembros de la familia”, ésta o “terminaría desmembrada o, simplemente, terminaría”. Su imaginación sci-fi avanza a paso acelerado, “a menor espacio, más

peligro” y con el pasar de los días, las riñas devendrían en “luchas cuerpo a cuerpo”. Finalmente, se horroriza, “pueden desembocar en muerte y desolación”. Pero, exclama triunfante hacia el final del discurso, chillando sobre los ladridos de una Chinchí ya en el desvarío, “felizmente están smartphones, tablets, compus, grandes inventos para escapar del hogar, ventanas por donde abuelos, madres, padres, hijos, nietos, deambulan solitarios, devueltos a la individualidad, a su condición humana carente de dominación y sometimiento” y se van por el “vasto mundo virtual que ofrece un menú personalizado, brincando por alegres algoritmos”, lo que permite la salida de casa y “anula la promiscua cuarentena”. Agotado, excitado, respirando como si hubiera contraído el covid, el palabrista sabe que la gente de su manzano lo aplaude a rabiar..., por lo menos quienes no estaban conectados mientras hablaba, es decir, casi nadie.

El dentista estaciona su 4 por 4 y ordena sus papeles del trámite que ha venido a hacer, dejando con cierta amargura esa fructífera hora en su consultorio, que le reportaría por lo menos unos 600 Bolivianos. De pronto siente un golpe de piedra, en realidad, de piedrita, en el gran parabrisas de su vehículo. Sufre una punzada física, se vuelve a ver quién atentaba contra su propiedad y se encuentra con la cara del orador, sonriente, invitándolo a bajar. Era una artimaña de éste para convocar a un público selecto, en ocasiones que, como hoy, la temática lo merecía. El dentista baja de su coche que le confirma con unos chilliditos que está bien cerrado, y se dirige al personaje extraño que osó lastimar su vehículo. Lo mira, lo mide y su resultado es que se trata de uno de esos locos que joden este país. El orador le

alcanza la mano como si el dueño de otra mano acudiera a la invitación. La "hipocrática mano" en vez de tomar la suya atrapa la manga de su saco. El palabrista, contento del contacto profesional, se dispone a comenzar su disertación luego de comunicar su título a su público, hoy formado por sólo el doctor: "Dichos dichos en el campus y su interpretación", tema que le había tomado semanas de investigación. El dentista lo tiene por la manga raída de su saco sin decidir qué hacer. El orador siente que el atractivo título de su conferencia ha convencido a este "distinguido galeno, que no quiere dejarlo ir" para no perderse ni una sílaba del tema. Comienza a decir que "esa hermosa ciudadela en Las Cuadras, de edificios de cemento visto y calles bellamente pavimentadas se constituía en un ámbito preclaro para cazar dichos dichos dichos allí..." Pero el odontólogo ya comenzaba a preocuparse por el qué dirán: aferrado a la manga de este sujeto raro y escuchándolo, no entiende qué hablaba de la universidad y unos dichos. En realidad el doctor no sabe qué hacer, su auto no ha sufrido ningún daño..., pero debe escarmentar a este tipo. Este "tipo" ha ya comenzado con los dichos propiamente dichos, ".. problemática social..." le escucha ejemplificar y siente sudar algunas regiones de su cuerpo, la mano se le agarrota, no, no quiere estar aquí. Hasta tuvo que saludar con la otra al ingeniero que pasaba por ahí en otro 4 por

4. Resuelve liberar al orador e irse de allí, dejando de lado el trámite, para irse a su praxis donde lo esperaban encías, caries y maxilares, que es de lo que él conoce y aprecia.

Liberado, el orador busca una piedrita que debe tener las medidas y la forma exactas o, por lo menos, aproximadas.

Era un domingo de septiembre, lleno de luz y optimismo. El orador había despertado muchos domingos con la esperanza de encontrarse con esa conjunción para dar a luz su disertación "La poesía en Maroyu" que laboriosamente había concluido.

Su relación con el grupo databa den su juventud, entonces se aturdí con los magníficos efectos de audio y luces en "locales que acogían orquestas de fuste". Más tarde reparó en los desgarrados versos que lo empujaron a este trabajo, donde intercala poesía y valoración, como hacen los escritores de otros escritores:

"Voy a tomar veneno para olvidarte

generoso y sublime, imposibilitado de olvidar acude al veneno. Le dice a su amada que será sólo

para olvidarla, le esconde su muerte, su sacrificio,

*Te quiero amor, te quiero
No quiero que tú sufras, llores por mí
No, por favor*

el poeta sabe que el amor es sufrimiento, pero que el amante lo eleva más con su renuncia y su tristísima solicitud: por favor. ¿qué amante pide que lo dejen?, y este otro verso

*No quiero seguir sufriendo
Quiero olvidarme perpetuo*

¿no es una creación sublime? El suicida que se propone ignorar todo lo aprendido en la vida y en las iglesias y metafísicas orientales (con todo eso de la resurrección y reencarnación) y renuncia, se atreve a olvidarse de sí mismo y encima ¡perpetuo!”

(Estos son sólo pasajes tomados al azar, el texto completo lo transporta en un folio grande, como los periódicos murales que se hacían en la escuela.)

Siente que esta palabra le cayó del cielo; en realidad le cayó de una reproducción en facebook. En general no le gustaba referirse a los acontecimientos políticos directamente, sino como a casi a todo: andando por los extramuros, pero hoy decidió “entrar en el burgo”. Encontraba que la oratoria, el discurso público o privado, debería mantener cierta distancia de la crudeza de las definiciones “diccionariles” y más lejos todavía de las del de la real academia española al que odia con todas sus fuerzas, como “detesta y siente dolor por esa servil actitud” de “académicos, escritores, periodistas y otros profesionales locales” que se ganan la vida con las palabras, de “esos que escupen en mi alimento, el que calma mi hambre y sed desde la madrugada hasta muy entrada la

noche”, les reclama en silencio.

En esos días, el orador reojeaba la política local puesto que conocía algunas personas que, como él, habían resultado con abolladuras en el espíritu y el cuerpo luego de chocar con los motoqueros paramilitares; le daba vueltas a la posibilidad de incursionar en el discurso político nacional con alguna creación floral, con alguna declamación “adornada de frutas sustantivas y adjetivas, ramos de verbos y adverbios, hojas de preposiciones y artículos que expresaran cuán desgraciados eran quienes no colgaban de su árbol frutal” (por supuesto nadie se sentiría aludido (nde). Se encontraba enajenado en esas cavilaciones, cuando cayó a sus pies esa palabra, la levantó, la limpió y chilló como si la garra de mono se moviera en su palma. No era la garra de mono lo que convulsionaba allí, era el apelativo cabal para la golpista: “Cheta”.

Con esa joya en su morral se anima a hablar de política, pero siempre en privado con la Chinchi. Ella está ya enterada de que su amigo tiene la teoría de que el golpe de 2019 ha sido “un golpe cambia”: aburrido “el amo del Norte” de financiar y esperar buenos resultados de sus “conspiradores collas o guaidós altioplánicos”, dice, “mister Trump volvió su mirada al oriente” a ver si desde allí podría surgir un golpe exitoso. “Buscó entre machismo legendario de los cambas”, encontró un “ejemplar de poca alzada, pero con experiencia y

lo formó” para una actuación exitosa. Todo marchó sobre ruedas “las mentiras, las verdades, número de cabilderos”, la escalada hasta que “llegaron puntuales los comprometidos motín policial y actuación militar”, pero algo salió torcido: “la conspiración parió una Cheta” y “el elegido se achicó más todavía”. Los “gabinetes cambas que se turnaban la embarraban cada día ‘como el cumpa conejo’ y encima llegó el coronavirus, y el caos estaba servido”, escucha pacientemente esa repetida conferencia particular, la Chinchí. Ante el evidente peligro de que siguiera dándole la lata, corre a traer su pelotita de goma maciza y se la ofrece con mirada inteligente. El palabrista sonríe, toma la pelota y la lanza hasta el fondo del patio. La Chinchí corre, la apresa y vuelve a entregársela, así pasan un rato, él tirando la pelota y ella devolviéndola. Él cree que ha expresado su cariño dedicándole unos minutos, pero la Chinchí sabe que ella fue la que ha hecho jugar un rato a su amigo. Los dos satisfechos vuelven cada uno a sus cosas dejando en stand by “la menuda y sucia política ‘nacional’”.

Para los temas más estrictamente literarios, el orador tenía elegidos sitios cercanos a donde se realizaban veladas artísticas. En la avenida Potosí, enfrente de ese “ostentoso palacio erigido por el trabajo de silicóticos” mineros, desplegó con solemnidad su modesta tarima. A la convocatoria al taller “Cómo escribir un cuento” firmada por un doctor, opuso el suyo “El arte de preparar un ch’ajchu de vocablos salados y/o picantes”, que había estado cocinando durante algunos días, por lo cual su disertación era, si nos ajustamos a la verdad, el k’oñichi de un ch’ajchu.

Se había acicalado con esmero, limpiado con agua de té su terno, lavado los zapatos, afeitado y peinado su cabeza. Comenzó su exposición en la que las palabrotas sonaban inofensivas por inflexiones de voz muy estudiadas, sazonadas con

las explosivas del hermoso idioma quechua. El palabrista no se sorprendió de que algún muchacho o unas muchachas se desviarán de su ruta al interior del pretencioso palacete, para probar un aperitivo literario con él. Cuando se refería a las colas de cebollas, filamentos de carne y papas ejecutando un ménage a trois, apareció el doctor-escriptor del taller "en serio", desbarató la magia con palabras infinitamente menores a las suyas y mucho menos a las que seguirían con el público ahora formado por fantasmas de mineros y otros, a quienes él sí veía.

El orador se alimenta de palabras, encuentra nuevas y las adopta, las viejas las limpiaba periódicamente para ponerlas a correr en sus disertaciones. Con palabras extrajo del escenario de aserrín, donde tenía un espectáculo, a la contorsionista. Como en una vieja película en blanco y negro ella y el palabrasta vivieron felices un período de enajenado amor. Al cabo de éste, luego de pantagruélicos banquetes de palabras que ella engullía con apetito, la circense comenzó a sentir necesidades más sólidas e insistía en arrastrarlo a algún restaurante del centro para saciarlas. Él condescendía, pero siempre su plato fuerte era oral. Poco a poco, la contorsionista se abstraía de los discursos de su amante para planear una ruptura sin averías; de su amor iba quedando sólo un poso de cariño. Y se fue. Volvió a su arte y

a soñar incursiones en ámbitos amatorios más materiales. El orador, en contra de la maledicencia, comprendió y argumentaba que “los discursos, como la vida, tienen un tempo y que las palabras obran por sí mismas, ellas fueron las que gobernaron nuestro amor y la devolvieron al circo”, donde también fue domadora de fieras. El orador lloró algunos mililitros; cuando se secó la fuente de sus ojos, se empeñó en su serie de disertaciones “El amor no existe como ensamble, sólo es una efímera cola (o engrudo)”.

“El ‘(o engrudo)’ lo añadí como adelantamiento a malos entendidos surgidos cuando este título terminaba “en cola”, ya que un tal Tinelli de la televisión argentina introdujo la sustantiva “cola” como sinónima de “culo”. Imagínese mi apreciade oyente, las infaustas confusiones que acarrearía nuestro título, si lo dejábamos sólo con la cola. No faltaría alguien que efectivamente lo sustituiría por esa infame equivalencia, tal acepción degradaría el sentido delicado y profundo de mis conferencias llevando a pensar que considero al trasero lo trascendental del amor, peor todavía si tomamos en cuenta que existen regiones de habla hispana donde el popularismo hace llamar al pene, también, “cola” o “colita”. Entonces, yo quedaría como un delincuente de la palabra, condición que sin duda me mataría. Por eso, el “o engrudo”. Aunque pensándolo bien...” , aclara en este

párrafo literal.

El caso es que esta disertación la ejecutó en un primer acto dentro de la iglesia conocida por la celebración frecuente de bodas, Santo Domingo, ante el altar secundario de un santo secundario. Allí alcanzó a avanzar en su perorata hasta donde sostiene que “el amor no existe”. Echado por el sacristán, se situó apoyado en el muro del colegio Abaroa, vecino inmediato del templo. En esta etapa desarrolló su visión de “les seres humanos como seres de individualidad exacerbada también llamada ‘soledad’”. Aparecieron caritas de alumnos tras los vidrios del aula junto a su profe de la materia de lenguaje, a quien el palabrista le dio la bienvenida como a una “colegue”. En esta parte, se perdió un poco en su discurso por el entrepapelografado que sus nervios ocasionaban. Pero, sí se entendió que la distancia aérea entre los cuerpos, (“salvo algún acoplamiento de algunos minutos de duración”), era la prueba de que el “ensamblamiento, entendido éste como la unión de efectiva permanencia”, no es posible. Sólo es posible “aquella fugaz eternidad de la cópula”. Lo cual, finalmente, “demuestra que la condición humane es el estar sole, y que el amor es solamente una especie de terapia, un placebo, para la enfermedad de esa soledad”, dicho todo esto con vehemencia y esfuerzo, no pudo sino tomarse al hilo dos mok’ochinchis, eufórico por el

resultado de su actuación. La sonrisa de la refresquera era su premio adicional. El principal, las morisquetas de comprensión recibidas de los carites de chicas y chicos a través de la ventana del colegio mixte.

Se ausentó de sus púlpitos habituales durante unas semanas y apareció con su conferencia "No es lo mismo libertad que libertinaje". Se acomodó cerca de la fuente de la plaza y, con el canto del agua de fondo, comenzó gritando "¡no hay que confundir libertad con libertinaje!" Terminada su conferencia con una hermosa oda al libertinaje, se fue mientras los globeros sonreían su pasmo y las palomas aplaudían, su aplauso les permitía además volar a cagarse en la Catedral: "dos pájaros de un tiro", reflexionaba el palabrista.

“Dios, parte II” le tomó algunas horas de reflexión. Al final de ellas no estaba seguro de tener el texto final, la versión última, la más clara. Pero, su entusiasmo, el deseo de abrir los ojos y la mente de sus audiencias lo convencieron. Se fue, entonces, hasta la plaza, lo más cerca posible del cura gordo que se instalaba a recibir la confesión, afuera de la Catedral. Instaló su tarima de papel y, con voz aguda, sin esperar ningún corro, comenzó, “como les decía ayer, nosotros somos los creadores de Dios (mirada de desprecio y reojo del gordo) y, como tales, debemos ser muy, muy responsables” (indisimulada mirada frontal, ceño fruncido y olvido de los pecados de la señora arrodillada, del gordo). “Sí. Pero, no todos los que contribuimos a escribir las santas escrituras lo hicimos con la pluma de la bondad”, (erguimiento

violento del gordo, evidente desconsideración con silla, reclinatorio y feligresa que caen desparramadas y en cámara lenta por las renovadas baldosas de la plaza) “no, muchos metieron su cuchara del poder, del egoísmo, de la maldad, de la gula” (mirando al gordo que llegaba), “por eso tenemos que cuidar a nuestra criatura llamada Dios y limpiar misales y biblias de la mierda que...” (gran sopapo del canónigo en la cara del orador, su conocido rostro ensangrentado tirado unido a su cuerpo en el suelo tibio, grato). El gordo suda hacia la puerta de la Catedral, decenas de curiosos lo miran desconcertados, la mujer que confesaba sus pecados, los ve flotar veniales en el viento, y queda convencida de que ha ocurrido un misterioso milagro.

Recuperado de la paliza del cura gordo, el orador se dispuso a mostrar todas sus cartas en "la mesa de juego que es la Plaza". Todavía amoratado el ojo, pero "renovada el alma", instalaba la palestra murmurando algo en varios idiomas. Para él, veterano consumidor y decidor de palabras, algunas en otros idiomas eran parte de "mi menú de delikatessen". Su auditorio de ese día, un muchacho de lentes y mochila universitaria que se paró a observarlo y aguzando el oído supo lo que decía este friki. Murmuraba que "demasiadas veces, millones por minuto, nos enoja nuestro hijo, ocasionando expresiones como el ¡Porco Dio! italiano, el ¡Me cago en Dios! español, el ¡Gotverdamm! alemán, para poner sólo algunos ejemplos". Expresiones que eran pronunciadas impecablemente y en voz muy alta mirando de

rejo en tinta la puerta de la Catedral.

Son muchas las ocasiones en que el orador hace penosamente el camino de vuelta a casa. Vapuleado en diversos grados cojea, se dobla sobre el dolor costillar o camina semiciego debido a un ojo amoratado. Sin embargo no abandona el gozo de "estar vivo y de enseñar a estarlo". Cuando pasa por la arboleda del Prado, escucha la voz de pájaros del álamo, se mira en el "guijarro humilde como tú" en calles sin pavimento, acepta la disculpa de sol que le cae dándole entidad y contorno, la brisa le peina y despeina con sus notas, los aromas de mercado de frescos frutos o de cocimiento amoroso le excitan, caras y voces y risas lo animan a esfuerzos mayores en su educación de su discípula: la humanidad.

Llega así magullado a su casa. La Chinchí lo recibe, a ella le urge averiguar qué le pasó.

Entonces abre los ojos negros de su hocico y ve el entero itinerario de su pobre amigo, sabe por ellos qué sudada mano lo golpeó, qué mierda lo ha pateado, qué incienso le hizo temblar los sesos, qué after shave le escupió su rabia, qué perfume lo ha despreciado: entonces, comprensiva, la Chinchí lo lame para confortarlo. Cierra los ojos del hocico y con su sabia mirada ve cuánto la ama, el palabrista.

Salió con rumbo al centro, dejando encerrada a la Chinchí porque “vivía su lascivia primaveral”. Había modelado amorosamente su disertación para este día: “Todos somos comalenses”. Al llegar a las calles abarrotadas de vendedores, compradores y ajenos al comercio, repasaba su texto que aludía a la experiencia semionírica que había tenido por primera vez hacía algunas semanas y que con insistencia se repitió en ciertas noches. Se trataba de “conversar con los muertos muertos, muertos vivos y los vivos muertos”.

Sucedió así: Yacía en su cama soñando sus recurrentes sueños con sus dos amigos muertos a manos de sendos médicos especialistas y, de pronto, consiguió hilar un diálogo postmortem. Ellos estaban enterrados desde antes del golpe de Estado y del covid, pero seguían los sucesos de

masacres y mentiras de la Cheta. Ya en la madrugada, el orador abrió los ojos y, junto al dinosaurio sus amigos seguían allí; sentado desmañadamente sobre un sillón, uno, y el otro parado a los pies de la cama. Sólo fueron unos segundos de conversación y se fueron deshaciendo hasta desaparecer: ¡le habían hablado en su vigilia! Noche a noche se esforzó a ganarles más tiempo para el diálogo de la noche y la vigilia. Logró obtener el record de dos minutos con sus amigos y, ¡oh portentol!, comenzaron a llegar más contertulios. Hablaban de las "habitaciones de la muerte", de la recurrencia tenebrosa de "nuestras calles y barrios", de las "luces de comprensión adquiridas sin la distracción de la vida", y, por supuesto de los acontecimientos familiares.

Y ahora, en la calle hablaba él, el mejor discurso del año, a una audiencia de muertos de risa.

Volvió a casa y guardó para siempre ese papelógrafo.

Más bien se puso a preguntarse, para una próxima exposición, por qué en español se dice "más allá de la muerte" y en inglés "after life", a un mismo asunto. En esa disertación, el palabrista incluirá lo que escuchó durante un zapping "...no sé si habrá vida después de la muerte, pero estoy seguro que hay vida antes de la muerte."

La contorsionista no era la única, pero sí la única con la que había convivido, la única que había aceptado vivir con él. Aún lo despertaba su nostalgia (aun de algunas siestas), entonces tomaba el bolígrafo y escribía sobre la hoja de un periódico que siempre había en la mesita de noche, su sueño poético. Por la mañana recortaba primorosamente el sitio de sus palabras de amor y lo guardaba en el bolsillito del pañuelo de su saco. Mientras iba a su escenario, el orador elegía con cuidado a la “destinataria suplente” de sus palabras. La veía venir de lejos y sabía que era ella. Al pasar, con un sonrisa antigua, le regalaba su verso. El de hoy, recibido con una indiferencia polar, leído casi por compromiso y mantenido en la mano, parada y mirando alejarse a ese tipo, con ese gesto de desconcierto de película de porristas, decía: “Te

recuerdo más hermosa de lo que eras”.

El habla era su compañera inseparable, la separable se había separado después de anunciárselo durante la conferencia de otro disertante. Pero el alimento preferido del orador era el aplauso, la mofa, los golpes. En ocasiones decía a su amiga: "sufrimos Chinchí, significa que ladramos", otras, que la incisividad de su discurso se medía con la violencia de la respuesta del público. Si había aplausos, estaba bien, si se reían de él, sentía que "había llegado a un paraje bucólico del alma" de sus oyentes, si recibía una paliza, entonces sí había alcanzado un sólido premio, su misión.

Las palabras. Amaba las palabras, cada una que descubría, creaba o escuchaba o leía por primera vez lo emocionaba, la cuidaba y corría a anotar una frase con ella, pero intentaba reducirlas en los mensajes, a los que quería simples como un golpe de katana, limpio y eficiente. Había palabras que adornaban, también las que confundían.

Incluso en su trabajo de reducción, tema de una conferencia muy querida por su autor, el orador utilizaba términos genéricos como “cuchillos” para designar pedregales, hormigas, selvas y señoras, para los animales elegía, a veces, “pescados”, eran pescados los ratones, leones, elefantes, perros, monos, chanchos (éste también era designación abanderada de los animales)... y eran “relojes” los relojes, cámaras fotográficas, teléfonos celulares,

tablets...; era "mariposa" la rosa, la violeta, el cartucho; "pajaritos", las mariposas diurnas y nocturnas, y "gallitos" los pájaros. Todo lo cual llevaba a confusiones y a la Chinchí a crisis de identidad puesto que a momentos se creía un pescado, un canto gregoriano o un palillo para tejer.

“El machismo florece en el almuerzo” viaja en el bolsillo preferente del terno del orador. Le ha costado un esfuerzo, esencialmente de memoria, confeccionarlo. Se le nota en la cara. Camina con esa expresión de radiante orgullo que esculpe su rostro las mañanas de “estreno disertacional”. Sí, cómo no se le había ocurrido antes, la dieta de alimentos servidos en los comedores de los hogares son determinantes para esa execrable conducta. Cuando se cruza con una mujer, sin importar su brillo, edad, origen, status social, etnia, complexión, confesión, estado civil, su semblante le transmite esa emoción, “mi solidaridad”, aunque es necesario decirlo, alguna lo malinterpreta y le da una respuesta por lo menos negativa en el diálogo mudo de las miradas. Quisiera ya contarles su descubrimiento, la distancia hasta el centro de la

ciudad se le antoja muy grande. Recuerda una vez más la distribución de la comida en la mesa familiar: "platos rebosantes para los hombrecitos, platos mezquinos para las mujercitas, ¿cómo no se iban a sentir superiores esos hombrecitos, y crecer más fuertes y criar una actitud de mandatarios?" Aún hoy, en este valle de abundancia, "¡los platos de las mujercitas estaban prácticamente vacíos comparados con los de los hombrecitos! Sí, había encontrado una razón más del mantenimiento del machismo".

Caminaba, entonces, de esa guisa, cuando su comprometida y sonriente mirada se encontró con la de esa muchacha color canela que rechazó la sonrisa confianzuda de ese individuo con un gesto de asco, luego de la sorpresa al comprobar que él seguía con su gesto depravado, le descerrajó un gran sopapo que lo mandó contra el muro de piedra de Santa Teresa. Aturdido todavía alcanza a pensar que así es su vocación: "el salvador se merece el dolor de la víctima, por supuesto".

Cree que todavía podría añadir una escena a la disertación inminente: ¿y en las ferias y grandes restaurantes de domingo?, "¡ah! ahí también, fíjense en una mesa ocupada por una familia, las raciones de las mujeres no alcanzan la mitad de las de los hombres!"; añade triunfante y sociologista: "El paterfamilias se acomoda en la silla como si fuera el trono, se calza sus anteojeras, acoda

brazos, libera las manos, hace un breve calentamiento de dedos, contempla el plato enorme, parece orar, se abstrae, desaparece la familia y plaza o restaurante, se van música y voces, está solo con su comida, reina, (puede que incluso decida esparcir una lluvia de saliva sobre su comida para desanimar a intrusos e intrusas) y ordena a sus instintos gobernarlo hasta terminado su opíparo plato de charque, lechón o chicharrón, ya después podrá regresar a su familia que come sus raciones de género”.

El orador padecía periódico insomnio (también padecía los periódicos locales (nde) debido a las series. Le costaba conciliar el sueño luego de los golpes emocionales recibidos, por ejemplo en Godless. Entonces, daba buen provecho intelectual a su excitación, en su cama: escribía. Una de esas madrugadas de vano esfuerzo de dormir, reflexionó precisamente con el sueño y alcanzó lo que llamó su máximo descubrimiento onírico. Olvidó el cansancio y se lanzó a escribir sobre el sueño, sin haber dormido. A la hora del espresso mientras ponía punto final a su disertación de ese lunes, día particularmente querido por tenerlo como la primera incursión en su semana inmaculadamente nueva; el regocijo que exudaba cuando estrenaba el lunes caminando las aceras y calzadas de su ciudad, era con frecuencia

recibido como una afrenta por algún oficinista o niño, "peinado a fuerza de agua el desorden capilar debido a su aferramiento a las almohadas". Pero, así caminaba, radiante por dentro y por fuera, el orador, llevando sus notas en el bolsillo específico. Descubrió que en el proceso del sueño, había dos soñadores, uno que soñaba la realidad del otro, y éste que lo hacía con la de aquél. Ah, no, pero no lo diría así, no. Adornaría su descubrimiento con gran generosidad de adjetivos y lo expondría con figuras literarias, e incluso inauguraría un género de este arte. Iba así, regocijado, mientras en su mente amanecía un relato donde dos seres habitan dos mundos paralelos sin tocarse, el uno sueña lo que el otro vive, y él (era él, por supuesto) soñaba y determinaba la vida del otro. Paróse en seco, era una gran responsabilidad, tendría que planificar sus sueños para construirle una realidad feliz, no podría soñar irresponsablemente, ya lo consideraba su hermano; quizás la conferencia aún no estaba lista, e hilando más fino, imaginó que ese espejo que reflejaba a su Alicia aquí y allá, podría alguna vez... no, haría más tarde una otra detallando más su topus uranus de ida y vuelta.

No pudo resistirse a una variante que la declaró a voz en cuello en la plaza Colón, como un maravilloso regalo a los heladeros: el sueño de uno es la vigilia del otro, y viceversa. Aquel vive tu sueño y tú vives su sueño. La bandada de palomas que saltó al abismo celeste como respuesta a sus

gritos, le confirmó cuánta razón traía.

El palabrista quisiera cargar de palabras una caravana de volquetas, llevarlas a los barrios de su ciudad, descargarlas para que los vecinos las apallaran gratuitas y se las llevaran a casas, colegios, mercados, estadios donde las pondrían en un sitio ahí, a la mano, para poder tomarlas todas o algunas, usarlas con las gargantas y con las almas, extraerles el jugo, ajarlas, cansarlas, renovarlas, regarlas, envejecerlas, escribirlas, darles el uso que les diera la gana. Para él ese uso es el camino al conocimiento.

Cree el orador que la riqueza consiste en poseer palabras, cuantas más, mejor, y sabe que se multiplican como todos los seres. "Si dices árbol tendrás más: tierra y luz, verde y celeste, hormiga y lombriz, hojas e higos..." , se extravía, "que son para no estar peleándose y, encima, decir la

amistad y hasta el amor", se pone kitsch.

“Las mamás llegan a parecerse al Yuri” generaliza el orador apoyado en la reja del pasaje frente al teatro Achá. En éste está anunciada la actuación de un grupo folklórico, “de esos formados por excelentes compositores y ejecutantes, y pésimos letristas”, según anota en una digresión de su conferencia. Ya la ha comenzado luego de anunciar su título. Hasta el momento tiene un público aguijoneado por el tema, estoico e inamovible, clavado cerca de él: la señora que vende los dulces y no puede dejar su negocio abandonado, y que sí, se piensa parecida a esas mamás. Le oye sentenciar, “tarde o temprano, pero más tarde que temprano, las madres se irán pareciendo a la vasta apariencia de nuestro folklorista” debido “al irremediable paso del tiempo, sí, pero más al descuido de sí mismas y al

‘cuido’ de los demás”, se refiere a las familias numerosas y con hijos que no se van de casa hasta entrados los 30. La pública (la dulcera) será la única que se quedará hasta el final, por razones comerciales más que por “aprehender conocimiento”, leit motiv de la vida del palabrista; ella entiende: las novias y jóvenes madres se ocupan todavía de su apariencia, cuidan la dieta, “se sirven ensaladas de verduras o de frutas” con frecuencia, “se mantienen al socaire de la voracidad que mueve a maridos e hijos ‘varoncitos’”. En pocas palabras, mantiene la figura. “Al promediar los veinte años de matrimonio, coincidentes con desórdenes propios de esa edad” dejan de lado esos “lujos de peso” y “dan rienda suelta al contagiante apetito, acompañan, vestidas de sus buzos, a curar el cuerpo de los maridos con los remedios autorrecetados de fricasés , rangas y/o chorizos” con el resultado de una figura “cada fin de semana más abundante, sólida y sin vestigio de líneas curvas que quizás tuvieron algún día”. Esa metamorfosis es explicada a grito pelado por el orador que secretamente está describiendo a la dueña de su pensión. Para convencer sobre el parecido con el exitoso folklorista a las madres “postmedio siglo”, detalla, amoroso, “el coqueto acomodarse el pelo largo y sedoso con la mano fina de dedos largos rematados en uñas rojas como sus labios” sólo para anotar que ese tiempo

ha quedado lejos “debido a las labores de casa, que más parecen condenas a trabajos forzados, y a fin de tener una visión más libre y menos trabajo en mantener aquel pelo”, se obligan a recortarlo con lo que el parecido queda probado. La dulcera, que por largos años ha visto entrar y salir al artista por esa puerta, con una sonrisa se dice, “sí”, y se pregunta por qué este señor no ha pronunciado la palabra que faltaba: machismo.

El orador tropieza con ataúdes tirados en media calle. En vez de elucubrar un discurso onírico, se restrega los ojos para borrar el mal sueño, pero comprueba espantado que está despierto, parado en la realidad, la realidad del golpe de Estado de octubre/noviembre de 2019. Se va en busca de la Chinchi.

Este juego lo juega sólo. Es su "solitario" a voz en cuello. No tenía vecinos muy cercanos. El patio y, los muros y el aire de los extramuros le daba "libertades sónicas" que le habrían causado conflictos en una casa o departamento en "las entrañas de la ciudad". Su solitario consistía en poner una "canción de sus amores", cantarla a coro con la cantante, en el presente caso su Violeta. Una vez terminada, él continúa cantando, con un cambio radical del texto, sustituyendo los versos con palabras "arrancadas del subconsciente, creando versos automáticos", con sus "emociones propias y a la vez ajenas" agolpadas, a las que les abre el dique "siempre que coincidan en música y compases con la original" y, además, en "su velocidad, en estricta honestidad" respecto de la sustitución. Explica que la música le presiona a

que los textos sean “efectivamente automáticos” y a evitar hacerse trampas.

Con “Pupila de águila”, grabó “para la posteridad” éste que cree que no enojaría a su amiga Violeta. Al dar a conocer sus frases, las lee con el ritmo del águila. Sin que se le caiga la cara de vergüenza, lo propone a su público (encima, cantando):

Dos corintianos moran al fondo de la virtud nadal

La cabellera de la industria no siempre ve allá

Cinco tenderos de las orquestas corren para nadar

Solo compuesto por la memoria corre para nacer

Quinto parada de solo verla como será la fe

Perros no cantan pero la coma siempre estará allí

Cielo permeable duras las pecas con su personaje

Lo que no quiere per la madonna coser tu vanidad

De la ratona puerco de manta pide la vecindad

que los textos sean “efectivamente automáticos” y a evitar hacerse trampas.

Con “Pupila de águila”, grabó “para la posteridad” éste que cree que no enojaría a su amiga Violeta. Al dar a conocer sus frases, las lee con el ritmo del águila. Sin que se le caiga la cara de vergüenza, lo propone a su público (encima, cantando):

Dos corintianos moran al fondo de la virtud nadal

La cabellera de la industria no siempre ve allá

Cinco tenderos de las orquestas corren para nadar

Solo compuesto por la memoria corre para nacer

Quinto parada de solo verla como será la fe

Perros no cantan pero la coma siempre estará allí

Cielo permeable duras las pecas con su personaje

Lo que no quiere per la madonna coser tu vanidad

De la ratona puerco de manta pide la vecindad

Rimaterapia con la solvencia de la sorpresidad

*Cosen cuadernos para la historia de la más
convención*

De su viaje por Europa habla muy poco. Quizás le avergüenza el no haber podido salvar ciertas barreras o el desmedido orgullo de ser lo que es, de todos modos sabemos que se había ganado a fuerza de muñeca una beca de dos años en una universidad centroeuropea. A los tres meses estaba de vuelta en Cochabamba. Se sabe de manera indirecta algo de su "aventura europea", según el orador, frase que es ya un comienzo para los curiosos de ese pasaje de su vida; en otros momentos, durante alguna conferencia, se le escapan otras referencias que forman un puzzle que la paciencia puede resolver, pero hasta por ahí no más. Instalado en el campus europeo le fue imposible seguir las reglas y comprender a las personas que "emitían desde la profundidad de la garganta, imperativos sonidos de lo que debió de

ser su idioma". Se asustó y huyó de allí por varios países -con el tesoro de su eurailpass para 90 días- como el niño del cuento va por el bosque acosado por oscuros espíritus en formas de árboles, para él (mudo) "monstruos de las lenguas" eran los que le aterrorizaban. Su miedo lo llevó casi sin escalas hasta la Praça do Comércio de Lisboa, última ribera continental antes del océano. Con sus pies remojando, sentado en las gradas que se meten literalmente en las aguas, se repone de sus "sufrimientos lingüísticos" soportados desde su "fuga europea". "Aun si lo hubiera intentado, no habría podido gobernar mis labios, retorcer mi lengua, forzar campanilla y cuerdas vocales, en la gimnasia exigida por ese idioma, e igualmente los que me persiguieron en mi viaje de liberación", se quejó alguna vez. Lenguas que "reclaman explosiones, gaguerías, carrasperas, siseos, toses, vibraciones, desde regiones anatómicas imposibles de mover a voluntad por un organismo como el mío", lenguas que son "colecciones de guturales palabras degolladas, nunca terminadas de decir y con la absurda contradicción entre escritura y oralidad, unas dejan inútiles los rasgos caligráficos, otras chillan con toda la fuerza de esos pulmones beneficiados por la brisa del mar Mediterráneo" y compuestas por palabras dichas hasta la mitad, pronunciadas agudas "como si todos pudiéramos adivinar lo mutilado", o esa lengua que "parecería que todos sus hablantes estuvieran enamorados de

uno", tal el "vergonzoso y meloso discurso que escuchas de cualquiera, sea hombre o mujer". Enamorado fidelísimo de su castellano boliviano, con el sabroso aderezo del quechua, para el orador era demasiada exigencia que perdiera el tiempo aprendiendo "traicioneramente" esas lenguas exóticas y más todavía pretender que estudiara con ellas como vehículo. Reflexionada así esta etapa de su estadía europea, resolvió agotar el eurailpass como dios mandaba. Miró su destino lisboeta con otros ojos, los del reo liberado y sin más responsabilidad que la de revivir. Cayó en cuenta de que estaba en una bella ciudad y que más arriba era todavía mejor, en La Alfama, el barrio de callejuelas trazadas por los siglos. La caminó y acarició y, cuando agotado volvía al hostel casi rayando el alba, se encontró con la vampira que se arrastraba hacia el portón de una vieja casona (dice "vampira" porque "vampiresa es la que fuma en una boquilla larguísima, entrecerrados los ojos por los párpados cargados de cosmética y vanidad"). A mediodía se lo ve salir de tal palacete con el cuello indemne, reconciliado con respecto a "lo europeo excepto sus jerigonzas". Su itinerario a partir de aquí se torna excitante. Se lo sabe bebiendo un café en un café a la orilla del Guadalquivir, en Sevilla, casi enfrente del muelle del que partiera Magallanes a dar la primera vuelta al mundo, de ahí también parte su imaginación desbordada, en naves mucho más confiables que las pequeñas

carabelas en las que los expedicionarios se atrevieron por lo desconocido (ahí hay una réplica exacta y se asombra de su exiguo calado). Luego lo encontramos en malla, exhibiendo impudicamente su figura de carnes magras, pero feliz de cambiar la sal del mar por la de una picada de mariscos con sus cañas sudorosas en el chiringuito de la playa de la Malagueta. De ese día data su frase “el mar de agua me horroriza, son las montañas las olas de mi mar” o algo así. Salta esta crónica hasta encontrarlo boquiabierto hasta el calambre, en el Musée d’Orsay, trance del que emerge con un rollo de Courbet (que mostraría en el Aula Magna, pero no lo sabía entonces) bajo el brazo, se acomoda en una terraza y da fin a una montaña de mejillones al vino blanco. En esos días aprendió a cantar “para adentro”, es decir, sin que su voz salga a la intemperie “para recordar sin molestar”. De vuelta a su “hostel de fer” o “ferrostel” sufrirá una vez más su “vértigo de agua salada”, esta vez en la mismísima estación de trenes: había llegado a Venecia. Ahí, ahora agradecido acompañante de una gran pareja porteña-cochala conoce rincones de arte y de historia (de entonces se trajo el recuerdo de la iglesia de la Madonna dell’Orto, usada sin respeto, también en el Aula Magna). En secreto, lo que más agradece de su visita a ese país que considera “un museo entero en el mejor sentido de la palabra”, es la invitación a devorar una bistecca alla fiorentina, “el más grande, el más

rico, el más hermoso asado que he comido jamás”, exclama aun hoy con su superlativismo extenuante. Ahora, lo vemos que al mismo tiempo está en Basel-Suiza/Mulhouse-Francia/Freiburg-Alemania, lo cual le ocasiona un estado de entusiasmo viajero y, estar perdido como está simultáneamente en tres países, un cierto vértigo. Finalmente, optan (sí, en plural) por seguir algún consejo que a la postre agradecerán. En Freiburg, “entre iglesias y edificios y plazas y arcos medievales” se animan a probar los chorizos que convocan a muchos con los aromas emanados de esa parrilla. Efectivamente, los chorizos alemanes corroboran su fama, opinan al agotar el primero y en el último no quieren admitirlo, pero rivalizan con los de la Plaza Calatayud. Por esa plaza pasa ahora el orador luego de aterrizar en el Jorge Wilstermann y de haber saludado desde allá arriba a “sus olas pétreas”.

Es inolvidable su conferencia sobre la mediterraneidad de Bolivia. La tituló audazmente "Nunca estuvimos tan felices y tan cerca del mar como durante la demanda en La Haya". Se instaló el orador trepado en una silla -agenciada subrepticamente de la biblioteca (recorría con la silla simulando que buscaba luz...)- en un rellano de las gradas de la Casa de la Cultura, mientras en el salón "serio" transcurría la presentación de un poemario con asistencia envidiable en número, elegancia y diplomas. Los parientes retrasados de la poeta caían en las manos del palabrista o, más bien, debían pasar por su tribuna y se veían obligados a escuchar pasajes de su alocución. Los más patrióticos enrojecían de patriotismo ofendido, pero el orador continuaba firme y locuaz bajo su mugriento papelógrafo que gritaba

el título de la conferencia con sus enormes letras. Otros pasaban de largo mirándolo, recelosos. Pero, también hubo uno o dos, de esos que se paran a ver trabajar a las grúas, seducidos por la voz aguda, "la felicidad de los bolivianos fue aumentando exponencialmente a medida que se acercaba el fallo". Algunos asistentes al rito del salón principal, alcanzaban a percibir la perorata del orador de las gradas y le prestaban más atención a aquellas insólitas palabras, que a los inspirados y delicados versos de su prima o tía que, vestida de fiesta, recitaba. Ese sujeto decía que "aquellos días, aymaras se asomaban a la cornisa de su alta meseta para mirar las costas, otros bogaban sobre la carretera nueva trastrocada en río navegable por la magia de azules telas, a la manera de Fellini en 'E la nave va', todos cargando sombrillas y palitas para jugar con las arenas reconquistadas, mientras barcos con nuestra tricolor y la wiphala surcarían el océano, en labores de cabotaje como de mar adentro", imagen que se le antojaba algo desproporcionada a la muchacha que bajaba de la biblioteca, "desde el Oriente se disponían a navegar el mar verde de la jungla, hasta arribar al mar azul cantado por el chileno". En la sala ya había varias cabezas vueltas hacia la puerta por donde se colaban esas atrevidas frases. "Y allá, una vez devuelto nuestro mar, se bañaría la bolivianidad", se desbocaba el orador y explicaba que "el ser humano desde que inventó el

tiempo, tiene esperanza, y esa esperanza se vuelve seguridad cuando se trata de algo hermoso”, gritaba inflamado. Algunos parientes de la vata se incorporaban haciendo chirriar las sillas, “en ciudades y pueblos y caminos teníamos esa esperanza y la celebrábamos, tanto con whisky y cerveza como con chicha y chufly hasta altas horas de la noche, mientras la avanzada de polleras y mankhanchas se remojaba ya en las olas saladas del Pacífico”. En lo alto de la escalera ya aparecía la vanguardia de poemaristas valientes dispuestos a restituir la democracia y castigar a ese mequetrefe. Lo alcanzaron a sopapos cuando él conseguía articular su colofón: “¡si el fallo falló, nada tiene que ver con aquella alegría!” La poeta, hecha un mar de lágrimas humedecía su brillante vestido azul.

De mes en mes, el orador acudía a un escenario con público numeroso, seguro y tolerante. Para esas ocasiones pergeñaba largos discursos sobre temas profundos, sabedor de que contaría con la atención debida. Uno de esos temas fue una prospectiva en torno a la "casa del alma" como llamaba al cuerpo humano, cuando se ponía grandilocuente. El miércoles señalado, bajo el brazo sus rollos de papelógrafos, el clavel de doble propósito en la solapa y limpio y peinado de raya perfecta, enfiló al encuentro de su escenario. Desplegó sus rollos y habló durante una hora más o menos sin que nadie se moviera de su sitio. Se explayó en sus citas científicas y empíricas, como orador consumado hizo las digresiones que le dio la gana sin recibir apremios para ir al grano, el respeto con que se recibían sus ideas, a pesar de su

tenor escabroso y atrevido, lo conmovía, lo animaba a nuevos énfasis, acotaciones inteligentes, regodeos literarios. Paseaba por entre los asistentes con soltura, profiriendo las palabras permitidas y las palabrotas tabúes, como el culto campesino que distribuye el grano por los surcos. Usaba las inevitables expresiones subidas de tono que exigía la temática sin preocupación de posibles deserciones hasta que finalmente, con gran pesar suyo, debió terminar su ofrenda de palabras, entregó la flor a su mamá que estaba allí y se fue muy contento hacia la salida, pensando que qué lindo sería disertar en el de La Chacarita.

Su "Palabras sexless" es uno de los que más le gusta entre sus temas "semiprofundos". Considera que no toca sino de manera tangencial el lenguaje de género, aunque a ratos alguna palabra se desliza a "esa hoguera o fuente de Venus... ". Pone el ejemplo de "payasa" que, efectivamente puede pasar por lo femenino del payaso, pero el orador la prefiere, con gran entusiasmo, como el rústico colchón relleno de paja brava. En sus conferencias usa este ejemplo para desembocar en el "gratificante, por varias razones, artefacto" y sus "prestaciones amoratorias", al que le adjudica sólo esa acepción, aunque concede que puede imaginarse, un "colorido encuentro de payasa y payaso sobre una payasa, que no es lo mismo que una payasada", lo cual no dejaba de lado alguna confusión de número y "respeto de un miembro

de la pareja". El orador contaba a su audiencia que él mismo había actuado de payaso en su juventud y que hoy extraña (pero sí lo ejerce, unas veces involuntario, otras clandestino. También tiene en su videoteca la maravillosa "I Clowns" a la que vuelve por lo menos una vez al mes y lo deja extasiado).

Tal es el talante de la conferencia: el abordaje de un "híbrido de parónimo y sinónima" y desde ahí agotar a la audiencia con posibilidades que sólo caben en su cabeza. "Sopapa" y "sopapo" le da pie a una dosis de por lo menos diez minutos de parloteo entusiasta y salivoso ante su audiencia de personas, si es el caso, o de animales y cosas, si es la más común de las situaciones. "Caballo" y "caballa" también es de sus más queridos, con los que viaja de un continente a otro, rememora la conquista de América, añadiéndole "un poco de negro a la leyenda negra", se hunde en el Mediterráneo y emerge boqueando para encontrar "el chiringuito de la Costa del Sol para refrescar los 40 grados con una san miguel helada y una caballa a la plancha", además de repartir imágenes que aumentan la confusión del público: la escena de El Padrino, los banquetes de carne equina luego de la "declaratoria de inservibilidad de las cabalgaduras a causa de los motores", o esa peli con Vigo Mortensen...

"Especie" y "especia" son pronunciadas por el orador, casi con veneración, dice que "pertenecen

a la filosofía". A estas palabras les ha otorgado el privilegio de una conferencia monotemática que está previsto reseñarla, pero sólo dios sabe.

Hay también "matriquis" de palabras "semiparónimas" que tienen doble nacionalidad. Ellas se prestan ("presto", el listo italiano y el "presto" de aquí, "muy conocido, pero no tan ejercido") a variantes infinitas, si salen de la boca del orador. Por ejemplo, "pronto" italiano y español; el "gift" del inglés y alemán, "si usted recibe uno de un inglés, agradézcalo, si lo recibe de un alemán, tírelo y escape" es su consejo manido.

El palabrista tiene su vena cinéfila. Se reconoce con sus congéneres donde vaya y haya uno de ellos, pero “que no sea de los descarriados por los efectos especiales de computadora”. En cambio adora los efectos especiales “manuales, al estilo de Federico Fellini” que “nos permite participar tanto en su creación como en su resolución final”, dice cuando explica el compromiso que requieren las olas de E la nave va o los vuelos de los clowns de Los clowns, en los que “los ‘trucos’, como se llamaban antes” son evidentes pero los espectadores los hacemos creíbles” y reales. Esta importante faceta de su cinefilia está expresada, además de otras, en su disertación “La película que Fellini filmó clandestinamente”. Cuando coloca su tosco cartelito en el que sólo la palabra “Fellini” está cuidadosamente escrita, se acerca alguno de

esos aficionados, como ahora que sonrío el orador, anfitrión en la esquina del cine Astor, enojando al joyero porque le tapan su escaparate. Sin embargo, cinéfilo por ósmosis, el joyero cambia su discurso al vuelo, mientras se acercaba al disertante para espantarlo, por la tregua de la curiosidad. Se han asomado otras personas más y el orador ya ha “conquistado un público consistente”, al que le cuenta una anécdota “edificante con el protagonismo del genio de Rimini”, a propósito de los efectos especiales fellinescos, “había bañistas - todos trabajadores de Cinecittà- que aprovechaban ese mar cuando no se rodaba. Un grupo de éstos que iba tras una pelota que reclamaba una niña, se internó más allá de lo permitido. En el trayecto se cruzaron con la hija del director que se unió gustosamente a esa especie de troupe que nadaba graciosamente; un momento después se encontraron a la orilla de un set listo para rodar la escena del ajedrez. Dejaron el agua y se acercaron “con cautela y reverencia al gigantesco tablero”. En alguno nació la idea, “apropiada por todos” con alegría, “imbuidos por la atmósfera artística del mundo de Cinecittà”. Pronto se distribuyeron en “blancas y negras. A falta de vestuario de esos colores, optaron por “la quinta posición del ballet clásico” los unos, y los del otro bando, con los brazos en jarra. “Como no había tiempo para ensayos en estos actos espontáneos de arte puro” cada pieza hacía evoluciones singulares “con gran

sentido de pertenencia a su ejército”. Mientras esto ocurría bajo los reflectores, llegó Fellini y sus técnicos, por orden del director permanecieron en las sombras. Unos segundos después, “el director susurra una orden para rodar esa extraordinaria partida (maestros del ajedrez aseguran que se jugaba una partida con todas las de la ley)”.

Al finalizarla “todos fueron aplausos y abrazos y cariños”, termina el palabrista. El joyero que se atreve a levantar la mano y preguntar en qué película sale esta escena, recibe como respuesta una frase que reanima sus impulsos de echarlo a patadas: “¡Ah, qué lindo, este quiere que le dé todo mascadito!”

Curioso estudioso, el palabrista tiene sus autores de sociología favoritos, particularmente los de la escuela del Río de la Plata. En la primera línea de su biblioteca están las obras de Mafalda, Dr. Merengue e Inodoro Pereira, éste coautor con N. Mendieta en una muy consultada colección; no omite asimismo especialistas de "allende los mares" como Petit Nicolas. Su eclecticismo lo lleva, además, a bucear sin reticencias por libros de Silvestre, el sabio de Cheshire y otros autores. A esas obras acude, entonces, con la frecuencia que le exige "el dinámico devenir", para comprender mejor a "los grupo humanos y sus desvaríos", y tenerse al día para abordar sus conferencias "con conocimiento de causa y efecto". Le gusta reconocer "democráticamente" el papel "subalterno, pero de cierta importancia" para la

difusión de las obras anotadas arriba, -“trabajo al modo del Dr. Watson y M. Brod”-, a fieles “ayudantes o pajes” como Quino, DiVito, Fontanarroza, Sempé, y otros.

Su preocupación en el tórrido mes pasado, se centró en lo que vino a denominar el “doctormerenguismo” o “Síndrome del Doctor Merengue”, que se manifiesta “en mayor o menor grado en todos los seres humanos”, ofreciendo un “campo inexplorado y fértil” para “el estudio científico que me ocupa”. Sí que lo ocupa, desde sus ya legendarios papelógrafos con los que se enreda, hasta sus “desvelos creativos”, hoy por hoy, relacionados a la obra de Merengue. Al terminar el mes, tenía prácticamente lista su conferencia pomposamente titulada “Lo personal y lo social en el Dr. Merengue”. Cercados por el coronavirus, “planeando sobre cabezas y pulmones de los pobres”, el orador ha decidido traer a los vecinos, sentarlos en su patiecito, doparlos con el “néctar del Valle” y, así cautivos, endilgarles su perorata. Su aprehensión del doctormerenguismo es un tanto manipulada, si bien “este esbelto abogado y sociólogo” sostiene que la apariencia, la forma personales de comportamiento son el paradigma social, el orador tergiversa y retuerce el concepto y declara que “el Doctor Merengue es un científico que cada momento de su vida experimenta su teoría y

consigue demostrarla". Muestra como ejemplos algunas ilustraciones de revistas de sociología de la editorial Rico Tipo, realizadas por su ayudante DiVito y entresacadas de situaciones reales en las calles de Buenos Aires, cerca de donde enseña Merengue. Se ve al doctor en un determinado "comportamiento social ejemplar" y se añade, "en forma fantasmagórica", lo que verdaderamente quiere hacer. Estas viñetas científicas, que Merengue usa en su cátedra de la Universidad de Buenos Aires, son tomadas por el orador como un "termómetro del engaño" de una persona con otras personas, y con la sociedad entera", confundiéndolas con "uno de los más abyectos sentimientos que pueden llevar, en casos extremos al crimen". Así comienza su disertación en un patio que tiene ocupado un 80% de sillas, piedras, cajas de cerveza, troncos, adobes, macetas volcadas, lavandería. Hay que considerar que la emergencia sanitaria deviene en escasez y ésta en hambre y sed, las dos motivaciones potentes para el casi lleno de esta tarde, además la señora de la pensión se ha encargado de hacer correr la noticia de la reunión: "va a ser con su k'allu y su chichita, dice", dice a todo el que pasa por su negocio, hasta minutos después de comenzada la conferencia.

El curso tomado por la disertación fue arteramente dirigido hacia la hipocresía, conducta que odian los oradores puesto que son muy exigentes de la sinceridad y los tomatazos del

público. Establecido ese rumbo, comenzó a interrogar a cada vecino “por la bebida mareao” y más sincero que de costumbre, fácil presa de su cacería. Él, que orgullosamente proclamaba ser inmune a semejante síndrome, ponía zancadillas a diestra y siniestra para pregonar por el micrófono de sus manos todas las miserias de la vecindad. Transcurrió la sesión con el hábil anfitrión obligándoles a “revelar pasajes de sus miserables vidas, extrayéndoles la hediondez de sus almas, el aliento sulfúrico de su memoria”, en fin, todas las mentiras que habían coleccionado hasta ser incapaces de distinguir entre la espontaneidad y la doblez, según el orador, que en sus momentos de éxtasis interrogaba a su víctima resoplándole su aliento ak’oso en la oreja. Ya estaba todo dicho. Les había regalado su conocimiento; recibió el desprecio esperado y todos se fueron sin despedirse de este extraño vecino que cerraba la puerta presa de una alegría absurda.

Había estado sólo una vez en Buenos Aires, pero al orador le bastó para amar enloquecidamente el tango. Sus comparecencias callejeras en su ciudad estaban salpicadas de versos de Discepolín, Gardel, Matos Rodriguez, Contursi y, a veces, por danza al compás -sólo escuchado en su interior- de Canaro, Pugliese, D'Arienzo y los otros... Pero antes de traer una alusión, invariablemente repetía esta que ya se había convertido en un lugar común (al que le reprocha esto, le miente que fue él quien lo llevó a ese "sitio" y por tanto tiene todo el derecho de aludirlo, como si tuviera el copyright): "el tango es un sentimiento triste que se baila". Recién después forzaba su alocución hasta abrirle un sitio a otras citas. Esto sucedía también cuando algún forzado intentaba atacarlo porque no entendía una palabra

de lo que escuchaba de ese rarito: “yo soy como baldosa floja que cuando me pisan salpico”, de todos modos recibía por lo menos un empujón, bienvenido al reino del palabrista.

Buscaba alguna cercanía referida a su texto del día, como si, se decía, sus palabras y el edificio, negocio, hotel, restaurante, domicilio elegido apuntalara no sus tesis, sino “el tempo y la armonía, la composición de ese momento”.

Otro verso que usaba con “la frecuencia inevitable de los funerals covidianos”, era el desconsolador “...sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando...” , que le rendía buenos réditos en cuanto al cariño retribuido, pero a veces no tanto porque el arrebato rioplatense le hacía decirlos cantando en pleno velorio.

El propio tango podía ser su leit motiv. Era cuando despertaba con Tita Merello todavía dormida en sus brazos. La contemplaba con una ternura que le rebalsaba por los ojos y se iba corriendo a decirle su amor por las calles de la ciudad, a gritarlo, compartirlo con el mundo recitándole los versos del que él había instituido como "El Himno del Tango": "El choclo", ese tango escrito y musicalizado por una multitud de letristas y compositores "que se pierden en los lupanares del tiempo tanguero", condición para llegar a aquella condición. Decía reverentemente, que "Tita no cantaba, no interpretaba este himno, hacía lo que se debe hacer: Tita lo 'oficiaba'".

Se fue al teatro Achá otra vez. Ahora para plantear "La traición de Les Luthiers". Nunca sabremos por qué eligió ese día, poco después de la muerte de Marcos Mundstock, para lanzar sus exóticas tesis que denigran la labor musico-humorística del destacado y longevo grupo argentino. Se preparó como siempre, vecino a la reja del pasaje de enfrente a la puerta del teatro, la usó para colgar su cartelón anunciador de la disertación sobre los ejecutantes de la obra de Johan Sebastian Mastropiero. Hoy trajo consigo su 3 en 1 con un cassette pautado para ilustrar su conferencia "con pruebas" de lo que diría, y comenzó, frente a unos cuatro gatos curiosos atraídos por tan singular título, así: "Este grupo judío, auspiciado por ríos de dinero del sionismo internacional", sentenció y luego gritó claramente

los nombres de los dos más conspicuos integrantes, “¡Rabinovich, Mundstock, nombres de los dueños de Le Lutié lo dicen todo!” (la gashina dijo eureka) “... maltratadores de niños” (...entonces ¡casháte! (conmovero llanto de niño...)) “enviados por el poder judeocristiano para sostener el neocolonialismo con su labor de zapa en la superestructura”, compuso en un párrafo ideología intercalada de ejemplo de lo que hablaba. “También los indios, víctimas fatales durante más de 500 años, son descritos por estos agentes como tontos, ridículos y espíritus desdeñables” (... se me despertó el indio... se despertó el indio que estaba con esha...) logra una perfecta sincronización, el orador. La gente ha aumentado, ya no son gatos, una muchacha rubia y muy atractiva produce una especie de resoplido como de belfos de un caballito, en señal de un desprecio moderado por las palabras que vierte. “Su racismo traspasa los límites del humor y traspasa el alma indígena” (El regreso del indio: ...la fauna andina y... también los animales...) “además, incluyen en sus mofas a los pueblos africanos” (...Yoghurtu Nghé era el joven más apuesto y más hermoso de la tribu... su voz tenía la sonoridad del rugido ... ¡era un animal!). Ya aparecen los infaltables aguafiestas, uno le reclama que es un grupo humorístico y si hace una crítica la debía hacer en ese ámbito... “Su campaña difamatoria”, sigue el impertérrito orador, “se

ensaña con los aires latinoamericanos más queridos como el bolero y con éste, la mujer” (Celos de tu marido, Perdónala) “en el que ridiculiza nuestros sentimientos, no se salvan el corrido mexicano ni los demás”, se queja. Esto es ya el colmo para los fans de Les Luthiers que se han acercado al corro. Sin ningún sentido del humor, uno trata de soltarle un bife acorde con la nacionalidad de los aludidos, pero falla. El ataque entusiasma al orador que acomoda su cara para facilitar a los irritados lutheristas. Luego reflexiona un instante sobre si habrá ido demasiado lejos para la “atrasada mentalidad local”.

El palabrista, contra sus principios, quisiera borrar algún adjetivo, pero el tiempo se lo impide. Sólo atina a reflexionar sobre “el fenómeno Plácido Domingo”, según el cual “todo está en situar en el tiempo los actos y opiniones”, para Domingo el acoso y agresión sexual a las artistas “de su séquito” eran “toleradas y hasta celebradas”, pero hoy para todos -“y me incluyo”- “son delitos” y por ellos, a pesar de sus explicaciones “dichas a viva y hermosa voz”, se lo ha convertido, con toda justicia, en un monumento tirado en los basurales de la ignominia”, intenta pasar a otra cosa con su conocida incapacidad para cambiar de tema, “quizás Le Lutié merezcan mejor suerte”. Pero ya es tarde, los empujones lo echan de allí. Todavía tiene ánimos para gritar un incomprensible “¡me

amordaza la calidad luteriana!”

“El pan y sus nombres, un banquete”, el palabrista propone su esta vez inocua disertación. Está parado en una esquina de La Cancha, donde “serranías de panes, dunas de especias, ajíes, cereales, papa, translúcidos edificios de papalisa, nevados de leche y canela brindados por manos color canela, yungas de verdura, ofrecen una orografía exquisita...”, se ahoga de placer, sin dejar de lado los chorizos que cerca de aquí “hierven en aceite como las gambas al pil pil”, presume su paso breve y rengo por la Costa Brava. Pero “nada mejor que las montañas de marraquetas con sus voces crujientes”, se antoja; se sorprende avergonzado de que por primera vez en su larga historia de conferencista, hoy quisiera que alguna vendedora lo escuchara y le brindara una marraqueta de regalo. Recorre los nombres de

los panes y siente que “repasarlos es ya un banquete”. Menciona con fruición a la “reina” marraqueta, a la que un poco enfurruñado le reconoce su “origen galo”, la colisa, “a la vez rival y amiga de la marraqueta”; el ch’amillo “el más igual a nosotros por razones obvias”. Recuerda la sarna que en Cochabamba llaman tortilla, a él le gusta decirle sarna porque “tiene algo de humor negro” y es evidente su cara muy parecida a la de “los niños azotados por la pobreza que sonreían y jugaban pese a esa marca de granos grandes semiinfectados, con secreciones tirando al amarillo, que en los panes forma el queso generosa o mezquinamente provisto”.

El auditorio es muy ralo, pero ya no le importa, habla para sí mismo, como sucede casi siempre, especialmente en los temas queridos. Concluye que los nombres del pan son hermosos, pero que él prefiere comerlo, como los comía lentamente mientras caminaba su infancia, sacando de rato en rato un pedazo de su bolsillo, hasta juntar las migas para el último bocado. Terminada la conferencia, decide gastarse la mitad de su dinero en dos marraquetas, una se la embute en un santiamén y la otra la guarda para la Chinchí, aunque sabe que llegará a la casa sólo con la mitad. En las dos ha metido sendos chorizos calientes e imaginarios.

En sus ratos de Mr. Hyde planea sus asesinatos, en los del Dr. Jekyll, los incumple. Al orador se le van los años y se pregunta si sus disertaciones no son sino la justificación de no haber hecho algo realmente importante en su vida. Como matar a alguien. Esto incluye en su "Matar por odios o por motivos menos obvios" que está a punto de comenzar en El Prado, al lado del monumento a Adela Zamudio, donde ella habla de su muerte "en términos vitales y cósmicos". Se ha acercado hasta ella, explica a nadie más que a dos jubilados, dos "donsitos" que apenas alcanzan a hacer una persona, porque cree que "Adela se murió también sin cometer el asesinato que le correspondía, como a toda persona sensible", los viejecitos asienten y comienzan a temer un poco a este hombre mal trajeado que se atreve a tutear a la poeta. El

palabrista continúa buscando una hendidura en su discurso por donde filtrar el nombre de su víctima que aún anda por ahí vivita y coleado, pero no lo consigue. Y debe despedirse temporalmente de Adela, “esa mujer que no esperó que nadie le dictara normas: se las inventó ella solita”, esa heroína a la que admira sobre todo por su “rabia contra los curas machistas”. Se va para tranquilidad de su audiencia, cruzando el puente de Cala Cala mientras se dice que “no se despidió como debía de Adela” y luego, ya por el estadio, murmura el nombre que no se atrevió a pronunciar allá atrás.

“A la enagua se la llevó el tiempo” es título muy querido por el orador. Se refiere a un “atuendo que atesoraba el deseo”, es una palabra rescatada del olvido y su memoria personal la guarda con ternura, elementos suficientes para justificar su profesión. Además, cree haber conseguido en este titular “el juego de las palabras que la niñez confunde y que la adultez también pero por razones diferentes: viento y tiempo. Esos aspectos conforman su proyectado discurso al lado de esas lavanderas “deseables, hermosas, repletas de ‘segundas’ y risas” rodeadas de “colores del paisaje y de la ropa” que azotan y lavan sobre las piedras grandes de la orilla del río, en el valle, yendo a Vinto. Comienza con lo de los niños después de atraer la atención con las enaguas. “Los niños confunden mucho las

palabras porque están aprendiéndolas, dicen indistintamente viento y tiempo” sin saber que plantean “una cuestión filosófica”. Pero, aunque ese hombre simpático pero un poco ajado es bienvenido a este bullicioso centro de trabajo y chismorreos, ya tendría que decir algo picante. Lo hace, sin fortuna. A veces el palabrista se pierde en bosques de palabras y no alcanza a decir lo que quiere realmente decir. Ahora navega por una enagua y dice “el hombre que llega a la enagua ya está en segunda base”, seguro de que su símil causará una carcajada colectiva, ignorante de que el baseball no es precisamente un deporte vinteoño. Ruborizado y ya distraída la atención de mujeres tan hermosas, opta por continuar una conferencia que va languideciendo, pero siempre con el aplomo del que está acostumbrado a la indiferencia, pero que “tiene la razón” a toda costa. Lo que quiso transmitir, le cuenta a la Chinchí, ya acodado en la mesa de su comedorcito, es la “nostalgia de esa bella palabra y bella prenda”. Se entristece, pero al minuto ya está recuperado: “soy simplemente un incomprensido” y sonrío de oreja a oreja. La Chinchí le acompaña sonriendo con su cola negra.

“Jesucristo, el primer superhéroe popular” le trajo algunos oyentes. Ocurrió durante la Feria del Libro y el Lechón, el acontecimiento cultural más importante del año en esta ciudad, feria nacida de recordadas y fructíferas reuniones del Consejo Municipal con participación de autores, cocineras, editores, criadores de chanchos, librerías, comedistas, y hoy declarada Patrimonio de la Humanidad, realizada en el otoño, antes del frío “que no es tal porque en Cochabamba nunca hace frío, lo hay sólo en la acalorada compulsión del consumidor para ver enchamarrados a los pobres hijos”, comenta el orador. Allí llegan diversos colectivos llenos de escritores y autoras con su cargamento de libros cocinados a fuego lento, o a altas temperaturas para traer algo a este día; y las otras autoras con sus enormes ollas pletóricas de

cochinos asados en hornos de barro o en fosas comunes, troceados y listos para servir coronados de verduras. Ellos son los que sostienen la razón de la gran feria, pero ésta está salpicada de otras cien asociaciones y mil autónomos, los informales que nunca faltan a citas masivas oficiales; describe: “bandas de músicos de cumbia, marchas militares, folklóricas y aires progres, bandas de carteristas y rateros, bandadas de pollos y patos y palomitas inmóviles en sus peroles, anticucheras, refresqueras, grupos de vendedores de cigarrillos, dulces, de esas tiritas que alumbran, cancioneros, del eterno recordatorio del tiempo sagrado, el almanaque Bristol; manuales para redactar cartas de amor y de renuncia, relojes y celulares, posters chillones con versos edificantes, vendedores de dolorsan y mentisan, y los phajpakus de todo tema y laya: la abigarrada fauna humana disputándose el río de gente para llevarlo a sus molinos y chaucheras”. Tierra fértil para el orador, “hasta por ahí nomás” porque podía sentir en la piel a “la gente ávida de comida literaria y a la turba de pasiones menos cultas”, pero asistía todos los años con sus papelógrafos y sus ideas, en el grupo de espontáneos, eufemismo de coladores.

Este año había titulado así su conferencia por razones de marketing: preveía que atraídos por los “efectos especiales bíblicos” (los milagros), vendrían jóvenes y adultos fans de la “onda de

superhéroes que arrasan en el cine”, pero sólo llegaron “niños, la mayoría con apariencia de jóvenes, adultos y viejos”, ¿qué quería decir el orador? Lo explicó de buenas a primeras, aun antes de entrar en materia, porque “materia” era sólo hablar de un par de anécdotas de “este personaje mitológico”. Ya al ver a sus cuatro gatos dispuestos “a beber mis palabras” notó cierta “mezcla de candor y pericia” en la mirada de ellos, igual al rictus que adquieren los “conectados eternos” a los dispositivos electrónicos. Sí, ellos querían oír que Jesús era un “antepasado del Caballero de la Noche, del Hombre Araña o de Wolverine”. ¿Y...? A despecho de su público parecía dirigirse a sí mismo, “veo con miedo sus caras”, dijo, “son rostros de niños en cuerpos de grandes”. Después de acercarse muy descortésmente, observar esas caras a pocos centímetros, sentenció como si fuera un adivino (profesión que estaba entre sus frustraciones) “son cinéfilos”, conclusión que despertó cierto entusiasmo en su “pequeña multitud”. Entonces les espetó algunos nombres: Fellini (silencio) Bergman (silencio) Sanjinés, Kubrik, Buñuel... (silencio, silencio, silencio), Raimi (gran entusiasmo, aplausos e inocultable necesidad de inyectarse pipocas y organizar una mesa redonda) “bueno, váyanse” los echó en una actitud impensable, normalmente lo que más quería era que alguien lo escuchara; mientras su público

partía sentenciaba, a la manera argentina, “hay efectos especiales y efectos especiales, el de éstos impiden crecer a los niños...”. Recién había terminado la semana santa cuando oyera repetir hasta el fastidio, el milagroso “efecto especial” de la multiplicación de los peces, de “mi colega Jesucristo” y lo único que “yo quería decir como corresponde a un cuidador de las palabras” era que la Biblia estaba mal escrita, pues donde dice “peces” debió decir “pescados”.

Observar es su entretenimiento, captar los sentidos de las palabras, su vicio. Entre sus vecinos como sucede en los barrios "se vive en la calle y, también, en las casas". Hay muchos niños y por contraparte muchos viejos, los jóvenes y adultos en el medio, y está él. Él ya fue ese niño que pasa corriendo detrás del perro o que orina tratando de formar palabras con su pis, también fue el adolescente enfurruñado con él mismo, el joven ignorante que cree que lo sabe todo, es el señor "Yo lo sé todo" y será el viejo "Ahora sí que lo sé todo" que pasa lentamente camino a la chichería. En su barrio está su vida entera (con excepción del viaje frustrante esos meses por Europa). Reflexiona, sentado en la piedra de la puerta de su casa, necesitado de la Chinchí que "dónde estará walaychando".

A lo largo de los años hombres y mujeres son llamados por sus nombres propios, pero también ha observado que los que no los conocen y deben dirigirse a ellos usan alias y otras palabras más genéricas. Él ha “sufrido esos otros nombres y sufriré los que no sufrí pero que sé que sufriré” reflexiona con su irritante repetición de palabras, repetición que no es accidental ni de ignorancia de sinónimos, sino “porque es lindo el sonido de las palabras y su forma escrita, repetirlas en una frase equivale a mostrarles cariño y no hacerlas sentir desechadas por otras, como suelen hacer los ministros con sus esposas”, explica sin convencer a nadie, menos a los que dicen que el uso de sinónimos es el arte del verdadero orador, según “mis enemigos”. Sobre los nombres ha resumido que “vivimos toda la vida con un nombre propio y con muchos impropios, según nuestra edad”. Aquí otra vez “digresiona”, hay nombres que “son un verdadero estigma y que pueden llegar a modificar el destino de sus poseedores, por lo tanto los padres deberán ser muy cuidadosos con sus hijitos antes de llevarlos a la pila bautismal”. Pone los ejemplos de uno que se llama Jairzinho y “ni siquiera sabe describir la forma de la pelota de fútbol”, otros “bautizados Napoleón, a los que no se le conoce más hazaña que satisfacer sus necesidades primarias”, se aleja más de su tema, hijos de seres inteligentes que terminan en “una mediocridad pasmosa” y así “sucesivamente”.

Con los “otros nombres” ha elaborado lo que pronto será una de sus disertaciones públicas, mientras tanto ensaya con la Chinchí que vuelve acezando. “Son nombres que otros nos dan en el tránsito por el arco de la vida”, desde el nacimiento hasta “el último viaje o viaje sin retorno”:

Cuando eres wawa, eres la “wawa”, objeto de “traslados y removimientos, lavados, envolvimientos sin consultarte”, o el más cariñoso “wawita”, tratada más amorosamente; creces y el niño es nombrado “¡chico!”, así imperativo y con signos de exclamación, debes obedecer no sólo a tus padres sino a vecinos, profesoras, curas, doctores, policías, tías, tíos, hermanos mayores (los abuelos pueden ser la excepción). El ¡chico! dura largos años de sometimiento y riesgo constante de castigo, es víctima de derivaciones como “¡mocoso!” que no sabe limpiarse la nariz, y “muchos efectivamente no lo saben y están por ahí con sus “velas” colgando”; cuando aprendes esa maravilla infantil que es silbar, ahí está la voz que te reprende ¡no silbe, malcriado! y así el ¡chico! aguanta años hasta que lo bautizan como “joven”. Esto sucede más temprano si es “uno de esos gordos hijos de la dieta del pollo hormoneado horneado o a la broaster, o más tarde si come verduras y frutas”. Además de tomarse su venganza con los ¡chicos!, el “joven” ya ha aprendido a usar “el machismo servido en la mesa

familiar: cree que las mujeres están para server", gana cierta independencia y va más lejos de casa, descubre barrios nuevos y nuevos amigos. Algunos estudian si es necesario, si no, habrá algunos "trabajitos", en fin, saltan a la siguiente jerarquía, es la de "señor" a secas o "doctor", o "ingeniero", o "maestro" (éste sirve para profesores y técnicos), claro que, como el profesional no anda por ahí con su diploma en el pecho, el "señor" es el apelativo más común, sin embargo, "las personas necesitadas de autoridad, si lo ven llegar en un 4x4 no se resisten a llamarlo "doctor" aunque sea un narco". Pasa el tiempo y el "señor" va perdiendo prestancia, muestra un vientre ofensivo y las canas platean su sien, entonces llega a "caballero", este nombre tiene un "revestimiento de autoridad no impetuosa" y puede gobernar todavía sobre los ¡chicos! y jóvenes e influir en los señores por breves años. "El río del tiempo corre inexorable" trayendo otros ¡chicos!, ahora nietos que terminan por arrebatarle sus ámbitos respetables por los que lucha a brazo partido, en una batalla sin esperanzas, y llega el "caballero" puertas de casa afuera, y "abuelo", puertas para adentro. En la calle se le respeta y escucha con cierta atención todavía, se valora alguna idea suya, hasta es posible que alguien siga su consejo, estas consideraciones serán muy pronto abolidas cuando el "caballero" se vuelva "abuelo" de todo el barrio, "abuelito" de

los funcionarios de la luz y políticos, y todavía le falta su penoso descenso al “donsito”, mezcla de desecho humano y mofa de ¡chico!, joven, doctor, señor, caballero, abuelito, el “donsito” está solo, los demás se van de viaje o fiesta, o simplemente lo olvidan, entonces al “donsito” solo le toca esperar a la Huesuda o al coronavirus si prefiere irse como un mártir de la ciencia (-ficción)”.

No, no podía ser “la venganza de las palabras” aunque sonaba lindo para el título de una conferencia, quizás lo utilizaría en otra ocasión cuando piense en un tema que encaje. El de hoy tendrá que cambiar la preposición, quedó “La venganza por las palabras”. El asunto era que, como buen palabrista, tenía una relación personal con las palabras y a veces éstas, remolonas, no acudían cuando las necesitaba. En estos casos, el orador las odiaba (sólo por unos momentos) y arremetía contra ellas burlándose de su significado, torciéndolo, como su reciente descubrimiento, “anómalo”, que era de lo más sencillo ya no de explicar, sino tan sólo pronunciar con maliciosa acentuación, para que significara lo que no significa. Otras necesitaban de una entrada en el diccionario insensato que guarda sobre su ropero,

atado con ligas dentro de una bolsa de basura (lo que lo salvó del naufragio). A él acude cuando ha recibido la ofensa de alguna palabra, por ejemplo si el orador balbucea en su busca ante un oyente dispuesto a escucharlo. Entonces, traicionado, camino a casa, ya recuperada el habla y recordado el vocablo, rebusca un significado despreciable para la palabra que lo abandonara, anota esa entrada y su sed de venganza está así satisfecha; pero su entusiasmo lo lleva a anotar otras que no le han hecho nada. Si vamos a decir la verdad, no odia a ninguna, sólo lo simula para revolverlas y las sigue queriendo, así o asá.

Al orador también le llegó su oportunidad, nacida de una conversación casual con el amigo de un amigo del rector de la universidad pública. La cazó. Después de semanas de andar como moscardón sobre ese amigo, consiguió lo que anhelaba casi sin esperanzas: la cesión del Aula Magna de Humanidades para una disertación suya. Sólo él delante del público en ese venerable recinto. No lo podía creer, tampoco sus amigos, pero prometieron bañarse, mantenerse sobrios, no tomar ninguna sustancia incontrolada, para engrosar la asistencia, ese martes (pero con ellos nunca se sabe). Despertó todavía oscura esa mañana, tomó su café y comenzó la revisión de su conferencia. Tenía material gráfico y escrito. Entre los dibujos y fotografías eligió los más moderados, los menos ofensivos, ya que el tema a la vez exigía

purgas(!) y también de ilustraciones del cuerpo humano, especialmente de zonas no siempre bien vistas por el moralismo. Por ejemplo, el Origen del mundo, de Courbet, que contemplara extático en el museo d'Orsay en su insólito viaje a Europa cuando todavía no era el orador, sino sólo el becado universitario. De entonces data esa reproducción a tamaño natural comprada en la tienda del museo, hoy ajada como un billete de diez, la envuelve y desenvuelve como si fuera una tela y los que la miran deben aguzar mirada e imaginación para adivinar qué hay en ella. La colgará en el escenario junto con otras figuras y textos con letras gigantescas, lo que le llevará por lo menos una hora. Se ha asegurado de que esa hora de preparación, la U no descontará del tiempo cedido. Antes de salir, se mira en el espejo del ropero que su mamá le dejara como herencia junto con la casita, no le gusta nada lo que el espejo le devuelve, pero sabe que una vez caminando por las calles su imagen irá mejorando hasta complacerlo sin dudas, el espejo que lleva adentro es más fiel que cualquier otro. Frente a su público "cómodamente sentado en las butacas de hermoso color del aula", habrá llegado a convencerse de que esas personas "tendrán ante sí un orador de apariencia señorial y maneras aristocráticas regalándoles conocimiento", como sucedía allá en sus más modestos escenarios. En la universidad todavía tiene que superar zancadillas

burocráticas, con ayuda de su amigo (que no ve la hora de que esta pesadilla termine) consigue llegar a la hora señalada a la ansiada aula magna. Ya solo, se detiene un momento en la puerta. Absoluto dueño de este vasto anfiteatro lo contempla enternecido; se ve a sí mismo allá abajo “dando todo de sí”, con aplomo, mientras todas estas butacas llenas de gente admirada de sus conocimientos, rendida ante su oratoria, “se desvencijarán a causa de los atronadores aplausos”.

No está llena, pero sí ha venido una buena cantidad de gente, el orador está ante decenas de personas por primera vez en su trayectoria, en su vida.

(Transcripción en el Aula Magna)

Distinguidas damas y caballeros, es un honor para mí contar con vuestra presencia en este venerable recinto donde se han producido ideas definitorias para nuestra sociedad. Cuantimás por vuestro número y que hayais traído incluso a vuestros hijos para acompañarme en esta modesta excursión por la sabiduría especulativa, con lo que me siento persuadido de que mis ideas os importan de manera muy especial.

El título de esta disertación se refiere a una materia, por decirlo así, que nos une como humanidad, y prospecta una realidad que me ha sido revelada luego de profundas y largas

investigaciones, que hoy presento a vuestra consideración.

Debo advertiros que algunas alusiones y palabras podrían, si no herir vuestra honorable sensibilidad, por lo menos inquietarla,

pero he decidido compartirlas porque considero de importancia decisiva para el devenir de nuestra civilización.

Comenzaré parafraseando a nuestro laureado Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, que solía repetir, no sin amargura y algo de cinismo: "Cuando la mierda valga algo, los pobres nacerán sin culo".

Con pesar observo que algunas personas abandonan el salón, pero debo deciros que si no hubiera sido de capital importancia la frase del autor de "Memoria de mis putas tristes", utilizada a manera de epígrafe para el desarrollo de esta conferencia, nunca la habría citado y menos con el énfasis que lo hice.

Ahora sí, entremos en materia... (más adelante comprobareis cuán pertinente es el vocablo). Y comencemos aludiendo a una corriente alimentaria que irrumpe no hace muchos lustros en nuestras mesas, basada en la transición de la carne a las verduras en lo referente a la preparación de los alimentos y que desembocó en el llamado "vegetarianismo"; ella decreta la expulsión, la

erradicación de la carne de los platos, tanto de la sopa como del segundo. Transcurridos tan sólo algunos años desde la aparición de los pioneros de tan atrevida propuesta gastronómica, ya se contaban por miles sus seguidores; además, se tejió alrededor de ella vasta literatura justificatoria desde el punto de vista metabólico, pero también desde el moral, y todavía más, del filosófico. En resumen se podría decir que el vegetariano se considera un ser que ha subido un peldaño más en la escala biológica y teórica. Sus principios de corte ético le impiden atacar a los animales, recluirllos con el propósito de producirlos en serie, proceder a su matanza inmisericorde, lograr un lucro ensangrentado y... tragárselos. Contra tan criminal actividad, se suma la arenga moral que señala la infamia que supone el convivir con los animales, y por un justificativo deleznable, darles una puñalada, literalmente, por la espalda y, encima, saltar sobre ellos y dar fin, a dentelladas, a sus pobres despojos.

Pero, no es todo. Ya mirando el interior del cuerpo humano, prueban que la carroña que se deposita en el estómago y que debe digerir con esfuerzo, siembra de enfermedades su recorrido por órganos, vísceras, sangres, huesos, conductos y canales extremos, y sigue hasta desechar el resto inservible con los residuos que emergen del cuerpo maltratado de esta manera: un elocuente y

hediondo sólido que asquearía al más advertido, vulgarmente llamado mierda. No, esta comunidad vegetariana, se complace en describir sus deposiciones -liberadas de la carne-, como una materia amable y que no violenta ni el olfato ni la convivencia familiar. Los vegetariano obran (para usar el verbo acuñado para tal fin en nuestras regiones llaneras) si no con aroma de rosas, por lo menos con ausencia de emanaciones potentemente ofensivas. Todo este ramillete de justificaciones hacen crecer su número y hace ya tiempo se han abierto restaurantes de comidas de este tipo, incluso conquistan poco a poco espacios dentro de los establecimientos tradicionales.

Los vegetarianos evolucionaron, luego, dejando atrás aves y pescados que al principio formaban parte de su menú quizás porque su desplazamiento en hábitats ajenos al ser humano (aire, agua) pudieron hasta entonces justificar su ingestión.

Pero, he aquí que grupos más conscientes, para unos, más radicales, para otros, pero, para nosotros inevitables, puesto que cuando hay una corriente de conducta y principios que se instalan con fuerza en nuestras sociedades, no paran en su desarrollo; bueno, estos colectivos, observan que algunos ingredientes de su mesa, tolerados hasta ahora, comienzan a ofender: se trata de los alimentos que podríamos llamar secundarios animales, como la leche, los quesos, yogures, y los

huevos de aves y pescados. La pizza vegetariana, huevos estrellados o pasados, jugos de fruta con leche que convivían en camaradería con ensaladas y minestrone y sopas, comenzaron a ser señalados como intrusos (casi como en la política, los revolucionarios lo hacían con los aburguesados).

Y sí, del gran tronco (permítaseme el grato símil que viene en mi auxilio) del vegetarianismo, se desprende una rama menos condescendiente que se llamó el veganismo, hasta hoy la más extrema sin dejar de mencionar que también ya muestra ciertas conspiraciones fundamentalistas, dicho sea por la honestidad de esta disertación, en la línea correcta de sus principios primeros.

Así, ahora el manual señala que para deshacerse de cualquier injerencia animal en la ingestión de alimentos, se declaró el exilio absoluto de lácteos y huevos de ese santificado territorio que es la mesa vegana. De ésta, el tránsito hasta el cuarto de baño, para tomar asiento en ese artefacto, otrora ominoso y sobre todo maloliente, se convierte en un trámite limpio y sin grandes consecuencias, tanto en el volumen de lo expulsado como en sus características aprehendidas por nuestros sentidos, especialmente el olfativo y el táctil. Veo cierta sorpresa en algunas caras del público que queda en la sala, como preguntándose, sí, el olfato, pero, ¿el tacto? Si nos ponemos a imaginar los estadios que ya pasamos: desde esas montañas de mierda que

dejaban los viejos pantagruelos, las crueles emanaciones de nuestra digestión, en forma de ventosidades, aguas menores y la caca, producto de los animales triturados en nuestro interior, tragados en comidas tradicionales y comidas basura; dejado atrás todo este festival de falta de estética y mala salud, pasando por la moderación vegetariana y la radicalización vegana, tenemos que son dos los orificios que destacan en tales transportes: la boca y el ano. Entre estos dos extremos discurre el alimento (y a veces el carácter, si me lo permiten).

La boca, sin embargo, tiene muchas más funciones propias, que su vecino de los bajos. Con la boca se habla, se gusta, y ¡ay! se besa, entre sus roles más sobresalientes (también se canta, silba, escupe, devuelve, se guarda la lengua (se la usa de las maneras más imaginativas...), se gesticula, además, pero no tan “además”, funge como contribuyente muy apreciada a la perfección amorosa expresada en la cifra que da 70 menos 1, para que me entiendan sólo los adultos). El ano cumple prácticamente una sola función: es la puerta de salida de la mierda y sus vientos (entenderá mi augusta y cada vez más rala audiencia, que a veces los sinónimos, que por otro lado, nunca lo son completamente -“vientos” por “pedos”-, son insuficientes, pero siempre prefiero repartirlos democráticamente en el conjunto de

este discurso.

Sí, es por ahí por donde asoma la materia predilectamente marrón, y sale expulsada como una serpiente de ignominia, si no como un espeso río de lava, en circunstancias específicas. Esta es la función del orto, pero que en casos, es usado, me refieren personas entendidas, antinaturalmente para variaciones del acto amatorio. Salvando esta lamentable función, felizmente muy bien criticada en la portentosa novela 2666, de Roberto Bolaño... y ya que estamos entre vecinos, mencionaré una otra función y uso del ano promovido por el novelista Mario Vargas Llosa: su Niña Mala ingiere (por la boca) cierto polvillo que le provoca flatulencias muy apreciadas por sus mandantes (¿y por el propio autor?) aglomerados ante esa puerta. Ah, recordamos que "orto" es un vocablo argentino para designar al ano. En Venecia, en el sestiere de Cannaregio, está la iglesia de la Madonna dell'Orto... que no es lo que pudierais pensar (orto en italiano es huerto, de modo que significa Virgen del Huerto, y, respiramos aliviados, no es Virgen del Culo), muy distante de lo que dice el lunfardo, pero es una experiencia sumamente edificante y festiva visitarla con alguien rioplatense como le ocurrió a este servidor... ¿Qué sería una disertación sin digresiones?

Entonces, ¿por qué este recorrido inmundo en esta magna aula? se preguntará mi ya diezmada audiencia, a la que por cierto no dudo en prometerle una satisfacción intelectual, hacia el final de esta sudada velada.

El título de la disertación de esta noche, anotado tanto en esquelas de invitación, como en carteles físicos y virtuales, es “La vía del futuro de la humanidad”, como sabeis.

Pues bien, hoy por hoy, los pioneros en comer sano y respetuoso son la tendencia, pero respetados sociólogos y pensadores los señalan como una tendencia que se mantendrá en los próximos años y todavía más allá. Los seguirán colectivos también modélicos que devendrán en ley general, en vez de excepciones, y así sucesivamente. En el final del derrumbamiento de sistemas políticos hoy muy fuertes, pero entonces reducidos a un mal y lejanísimo recuerdo (no renuncio a la tentación de exclamar que se irán literalmente a la mierda), la humanidad habrá evolucionado tanto que la naturaleza soportará mutaciones, y el ser humano no estará exento de ellas.

Para decirlo de una vez, la mierda de presencia masiva en la actualidad, sale menos ofensiva de los culos vegetarianos, y mucho más inocua de los de los veganos, por ese camino (es un decir) es previsible que de aquí a unas décadas o quizá unos

cuantos siglos, el ser humano defecará (evacuará, mejor) sustancias tan leves como inofensivas al olfato, quizá ni al tacto, no es inverosímil imaginar que esas deposiciones podrán recibirse en el cuenco de la mano sin temor a que hiera ningún sentido, y deshacerse de esta minucia orgánica tan sólo lavándosela en un chorrillo de agua fresca... Y así continuará el proceso hasta que, finalmente, habrá la humanidad logrado el aprovechamiento total de lo ingerido, tanto que ya nada habrá para ver la luz por ahí abajo. Entonces la naturaleza (o el Señor, en el caso de los creyentes) decidirá sabiamente que ese orificio ya no tendrá razón de ser y ¡voilà!, lo anulará y las nuevas generaciones nacerán sin culo, como los pobres de García Márquez.

Gracias..., señor, señor... despierte, es usted el único que queda y me dicen que debo apagar las luces.

Antes de su “magna disertación en el Aula Magna”, en una conducta erróneamente dadivosa, aquel amigo del amigo del rector, también había conseguido que los funcionarios de la TV Universitaria dispusieran la transmisión en diferido de la conferencia de marras. La exposición de la disertación por los aires, desató todo un escándalo, auspiciado por la prensa local amaestrada para una voz coral y obsecuente, atada por autoritarias pititas y atemorizada por paramilitares. Se calificó aquella difusión como un atentado a la moral y buenas costumbres, una afrenta a la religión recién devuelta a la ciudadanía y al Palacio, a la democracia recuperada, y hasta insinuaba sospechosa coincidencia con la llegada del coronavirus, en fin, era un ataque al stablishment de esos días.

Esta polémica no lo mojó, como al pato no lo moja el agua ni de la lluvia ni del estanque o río, más bien fue adoptado por cierta "progresía" y el palabrista continuó indemne por nuevos derroteros.

Sí se aburguesó, abandonó sus escenarios callejeros, parecía despojado de la poesía que alguna vez lo adornara; se refugió en su casa de donde sólo salía para asistir a inauguraciones de arte o presentaciones de libros en "recintos decentes"; se codeaba sinceramente con "los escritores" destacados, bebía los vinos al raleo de los brindis, se comía aceitunas y quesitos, y se iba a dormir convencido de que había sido aceptado en esa ciudad difícil. Ignoraba la torsión de los gestos de esos escritores en cuanto aparecía y también el reacomodo que experimentaban esas caras cuando desaparecía.

Lo habían alineado a la escuadra de zaparrastrosos reclutados para darle color a la tribu intelectual. Ésta sonreía y se tragaba aromas y mangas deshilachadas, risotadas sin recato y salivados besos de saludo y despedida. Algunos y unas se permitían más cercanía para distinguirse de los menos condescendientes, pero su miseria aumentaba con tales agasajos.

La Chinchi, preocupada y descreída, insistía en decirle que ese no era él, que sus nuevos amigos lo utilizaban como utilizan a sus mascotas sin afecto.

Mientras tanto el orador vivía en las nubes,

hasta que éstas se ennegrecieron y juntaron allá arriba, certeramente sobre el nacimiento de la torrentera, y en cuanto se sintieron fuertes y listas se arrojaron en una tempestad que se llevó su ingenuidad e inundó casas, incluida la suya. Fue contado entre las víctimas de la riada que causó una gran destrucción y la suspensión del Corso de Corsos. Las hermanas Ayuda y Rapiña acudieron juntas y puntuales como siempre.

El niño saqueador hurgó entre los papeles mojados de una casita y vio que de ellos saltaban patos secos, machistas cebados, versos de Maroyu, curas mercachifles de la eternidad, paramilitares embozados, una tal Cheta, inventores de Dios, odas al libertinaje, Fellini clandestino, fantasmas de mineros, muertos parlantes, obesos canónigos, palomas defecatrices, cementerios vivos, versos ininteligibles, seres sin ano, ... , delirios de una mente peligrosa ahogados en el barro. Se libró el pequeño buitre de la conmoción y, de vuelta a la realidad, decidió que no había nada digno de robar y vender; devolvió los papeles mojados al cieno. Entre ellos había una hoja cuadriculada escrita con primorosa caligrafía, que nadie, nunca, leyó:

“...con preferencia en la tierra, en una parcela que con seguridad será concedida por la municipalidad ya que se trata de una personalidad ilustre. Rodeada de un jardincito de ray grass y

flores que se unirán a las que mis admiradores depositarán cotidianamente, estará la losa (o menhir) de granito, en la que se leerá, en caracteres en bajo relieve:

“Se fue a Comala donde espera que alguien lo sueñe, para intercambiar ideas, pero, sobre todo, palabras”

Su epitafio tendría que esperar, no “moraba todavía ‘en ignorada estrella’, al lado de Adela”, tendrá un largo tiempo en “el suplicio de la vida”, se emociona el orador. La Chinchí, la hecatombe y la distante Maga habían logrado revivirlo. En silencio, volvieron a las ruinas de su barrio. La señora de la pensión, él y sus vecinos trabajaron juntos para rehacer sus casas heridas, recuperar muebles, vajillas, ropa; él, su preciado diccionario. Finalmente, volvieron a habitar un barrio que se había “acercado al cielo”, según él sentenció en plenas labores: la lama se apisonó más de un metro por encima del nivel anterior a la mazamorra. Las habitaciones tenían ahora el techo más bajo y sus entradas eran puertecitas, las lavanderías se habían vuelto bañadores, el árbol de su patio quedó en el rango de arbusto y los

arbustos de la calle parecían piezas de bonsai, las frutas de los huertos se ofrecían a ser tomadas sin esfuerzo, las flores se abrían besando el suelo “como el amante besa el piso que pisó su amada”, no cambia el orador para felicidad de la Chinchí y la ternura de la señora de la pensión y las demás vecinas. Se encontraron viviendo en un barrio a escala infantil y todo fue un juego, incluyendo el trabajo. Decenas de “chicos se encontraron jóvenes de la noche a la mañana y ya no aprendieron a silbar”.

Alguien que pasara por sus calles a la hora de la siesta, imaginaría pequeños a los moradores de “esas escasas casas”, pero a la hora del trajín, enormes habitantes saldrían por las puertas de juguete. Liliputienses o gigantes mucho había cambiado en ellos. Los muertos por el alud y el coronavirus son honrados con la frugalidad y la solidaridad que campean en el barrio.

Lejos quedaron las tragedias y más lejos todavía, para él, ese “mundo edificado con la materia de mi conferencia en el Aula Magna, con sus pilares de hipocresía, salones de falsedad, camas sin amor y premios otorgados por sí mismos”, mundo del que el palabrista saliera como el mentado pato, sin mojarse. Y ya volvería para cantarle las cuarenta...

Anexo

Diccionario (en desarrollo) del palabrasta

abarcas, verbo. Caminar, o ser capaz de hacerlo, vastas áreas usando rústico calzado abierto.

acéfalo, adjetivo. Desprovisto de cabeza, pero "cabezón".

acoso, sustantivo. Bullying al bebedor del néctar de los valles.

alabar, verbo. Cantar salmos al Señor, con la condición de que antes Se haya aseado.

alegato, sustantivo. Maullido fortísimo para reclamar cariño y/o comida.

aro, sustantivo.

artefacto verbal que es a la vez una invocación a beber, a recitar un verso y a enlazar amistad y dewseo..

ataviar, verbo. Envolver a los pájaros con costosas túnicas, que les impiden alzar vuelo.

anarquista, sustantivo. Hay dos tipos: uno que rechaza toda autoridad, y otro que rechaza toda autoridad, salvo la universitaria.

azulado, adjetivo. Persona, animal o cosa posado junto a cosa o animal o persona.

boliviana, sustantiva. Connacionala de poco peso.

cabecilla, sustantivo. Dirigente, generalmente político, que presenta una evidente microcefalia.

casual, adjetivo. De las casas, usado intermitentemente en la ciencia inmobiliaria.

catalana, sustantiva. Especialista examinadora de la calidad del pelo de oveja, oriunda de Barcelona.

coronavirus, sustantivo. Expresión netflixera equivalente al consejo a les viejecites: "Como máximo, vean miniseries..."

corral, sustantivo. Expresión oral dicha por muchos desde un espacio cercado.

cotonete, sustantivo. Persona, generalmente varón, con la cabeza completamente cana, hábil para meterse en cualquier agujero.

dios, sustantivo. Unio más unio.

enano, sustantivo. Sujeto de escasa alzada, obligado a viajar en el micro con la cara hundida entre las nalgas de esa señora que vuelve de La Cancha.

enciclopedia, sustantiva. Tratado mundial concebido por un tal monsieur Diderot mientras paseaba en bicicleta por los Campos de Elisa.

evidente, adjetivo. Adivino virtual. Se suele escribir: eVidente.

exceso, sustantivo. Sujeto que meditaba profundamente, pero ya no.

fantasma, sustantivo. Grave enfermedad

respiratoria causada por una conocida gaseosa de origen estadounidense. Sus síntomas convierten al paciente prácticamente en un espectro.

gaseoso, adjetivo. Del sujeto de apariencia etérea, pero capaz de imponer su presencia a través de ciertas emanaciones aromatizadas.

huesuda, sustantiva. Figura que representa la muerte. Se cree que llega puntual hasta donde uno, pese a que está comprobado que habita dentro de cada ser humano, desde el nacimiento hasta la ...sí, hasta ésa.

indicio, sustantivo. Huella en una senda que hace presumir el paso de un originario.

monóculo, sustantivo. Fidelidad.

morral, sustantivo. Costumbres y normas que se consideran buenas para dirigir o juzgar el comportamiento de las personas. Arrastra un peso terrible.

nalgas, sustantiva. Región montañosa de escasa vegetación, de simas desde donde sorprenden efluvios de gran notoriedad.

ortografía, sustantiva. Estudio de las formas (y funciones varias) que presenta el año. (voz híbrida

del lunfardo y latín). Se escribe sin H.

ósculo, sustantivo. Beso ahí donde está oscuro.

oveja, sustantiva. Artefacto animal dotado de libertad de elección entre blanco y negro para su destino y abrigo.

para, sustantivo. Apócope de motoquero (de algunos).

peculiar, adjetiva. Dícese de hombre o mujer destinados, con cierta inercia, a abandonarse al placer carnal.

peligroso, adjetivo. Individuo de cuidado y propenso a la pendencia, que peina una melena larga y desaseada./ Abrigada y gran bestia en riesgo de extinción, de extinción del que se encuentra con ella.

película, sustantiva. Pilosidad que crece en los alrededores del orto femenil. De esta manera nace el edificante diálogo en el clásico alemán *Das Boot*.

pureza, sustantiva. Cualidad del alimento de papa desmenuzada, sin llegar a su atomización.

purgatorio, sustantivo. Consultorio médico

situado en la autopista al cielo, que atiende a las almas con el vientre díscolo.

ratificar, verbo. Acción de convertir, una y otra vez, a alguien en una chefa de París, especialista en ratatuille.

salud, sustantivo. Avalancha que se precipita por gargüeros y causa estragos benéficos.

tea, sustantiva. Fogosa, ardiente hermana del padre o de la madre.

teutón, sustantivo. Ciudadano de Alemania al que la dieta de pollos con exceso de hormonas le ha regalado remarcables senos.

tos, sustantiva. Juego, tos pase, tres a seis, resfrío, más, coronado.

turgentes, adjetivo. Dícese de los senos abultados y urgentes.

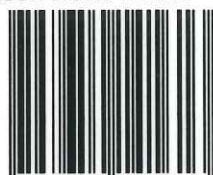
Lo políticamente correcto se hace trizas en la voz del protagonista de estas crónicas, un orador también autonominado "palabrista".

Este individuo no es alguien que se haya impuesto un papel de irreverencia, ni una estrategia política, no, él cree en lo que recita en sus disertaciones en los insólitos sitios donde instala su estrado elemental; su conciencia no es intelectual, sino vital, posee el brío de un misionero que sabe cómo hacer más sabia a la humanidad y hacerse más querido por la señora de la pensión y la Chinchi... a través de las palabras.

"... de ellos saltaban patos secos, machistas cebados, loas a Maroyu, curas mercachifles de la eternidad, inventores de Dios, odas al libertinaje, Fellini clandestino, fantasmas de mineros, muertos parlantes, canónigos obesos, palomas defecatrices, acoso a Les Luthiers, versos ininteligibles, estaciones de lenguas, diatribas contra el tiempo y el amor..."



ISBN 9798654141613



9 798654 141613

90000

